



POLIFONÍAS SUFICIENTES

Experiencias de mediación | Huellas de Desaparición

POLIFONÍAS SUFICIENTES

*El lenguaje de la verdad debe ser,
sin duda alguna, simple y sin artificios.
Séneca*

MEDIAR, ESCUCHAR, AUSCULTAR. INTRODUCCIÓN A LAS EXPERIENCIAS DE MEDIACIÓN (P. 3)

GRIETAS EN LA MEMORIA (P. 7)

"LA PURA Y SIMPLE VERDAD RARAMENTE ES PURA Y NUNCA ES SIMPLE" - OSCAR WILDE - (P. 12)

REFLEXIONES Y CONVERSACIONES CONMIGO Y CON OTROS EN TORNO A HUELLAS DE DESAPARICIÓN (P. 22)

VER LAS NUBES Y MEDIAR (P. 29)

APERTURA (P. 34)

DENTRO DE MUSEOS (P. 40)

"HUELLAS DE DESAPARICIÓN". ATIZAR LA VIDA PARA RESISTIR (P. 42)

SOBRE LA MEMORIA Y LOS RASTROS (P. 45)

**ESCRIBIR PARA DIGERIR: UNA BREVE REFLEXIÓN SOBRE PARTICIPACIÓN
EN PROCESOS EDUCATIVOS DENTRO DE MUSEOS (P. 53)**

APELAR A LOS MÚLTIPLES SENTIDOS HUMANOS (P. 65)

UN GRANO DE ARENA (P. 68)

DES-BORDES (P. 70)

TRANSFORMAR EL LENGUAJE (P. 73)

UN ESPACIO CONFIDENTE (P. 75)

UNA EXPERIENCIA MULTISENSORIAL (P. 77)

FINAL DE UN RECORRIDO (P. 81)

MEDIAR, ESCUCHAR, AUSCULTAR

INTRODUCCIÓN A LAS EXPERIENCIAS DE MEDIACIÓN

Por David Guarnizo

A lo largo de la exposición “Huellas de desaparición”, y también durante los meses previos de preparación, el acto de escuchar fue para mí el aspecto esencial en la propuesta de educación para la exposición, en las estrategias de mediación y en el plan para los públicos visitantes diversos.

Durante las sesiones de estudio con el equipo Educativo de Museos que compartimos junto a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad en Colombia (CEV), fuimos los primeros en ver el material expositivo. Recuerdo el momento en que vimos juntos los videos de testimonios de los Campesinos del Urabá, o los videos de reconstrucciones digitales sobre el caso del Palacio de Justicia, elaborados por Forensic Architecture. Después de ver este material, todos quedamos con un sentimiento atravesado en el pecho y el vientre, con la mirada gris, con la mente nublada, y con una bocanada de palabras que se quedaban en la garganta, petrificadas e indecibles, porque simplemente hacía falta el aliento para darle vida a esas palabras, para materializarlas y compartirlas. Veía a mi equipo de educación y mediación sentir una tribulación interior, íntima e intensa, no solo durante las sesiones de estudio, sino durante el desarrollo de la exposición, en la experiencia de dialogar sobre los ejes curatoriales de la misma con los públicos. Varias veces los vi salir afectados de los recorridos y mediaciones que realizaban, y así como ellos acumularon todo tipo de afectos y perceptos en su procesos con las comunidades visitantes, yo también acumulé paulatinamente una afectación al ver a mi equipo en dicho proceso.

Me pregunté todo el tiempo: *¿Cómo puedo escuchar esa afectación del equipo educativo y de Mediación en Museos, de quien yo era responsable, así como de nuestros públicos visitantes? ¿Cómo escuchar aquello que es indecible en las personas junto a mi, a quienes valoro y aprecio... eso sentimientos, perceptos y afectos petrificados que no se materializan mediante el lenguaje?* A lo largo de los cuatro meses de preparación, y durante los siete meses de exposición, pensaba constantemente que, tal vez, la clave estaba en el acto de *auscultar*.



La palabra escuchar proviene del vocablo latín *auscultare*, que significa “inclinarse para aplicar la oreja”. Mientras tanto, la palabra oír viene del término latín *audire*, el cual remite solo a la percepción de información sonora. Escuchar propone un acto que trasciende la audición, porque su raíz latina da origen también a la palabra auscultar, término de la medicina que alude a la acción del médico cuando percibe lo que sucede en el interior de un ser humano, accediendo al sonido que proviene de su pecho y su vientre, ya sea con instrumentos especializados o sin ellos.

La importancia de acceder cuidadosamente al interior del otro y percibir su afectación más allá de su lenguaje, su cuerpo y su pensamiento es un fundamento del arte y la mediación, de la educación en Museos y de los procesos de aprendizaje de todo tipo, así como de los procesos de construcción de comunidad, de paz, de reparación y no repetición. La exposición “Huellas de desaparición” fue un lugar para contemplarnos y auscultarnos, para desmoronarnos y re-constituírnos mediante la fraternidad, la empatía y la sensibilidad.

La labor de mediación durante la exposición tuvo como eje fundamental el *acto de auscultamiento mutuo* con los públicos, acompañado de la ampliación y el detalle de información investigativa, el desarrollo de experiencias orientadas a públicos diversos, y la motivación por el aprendizaje y la creatividad. Durante la mediación, dicho auscultamiento generó espacios de *contemplación simbiótica*, en la que el equipo educativo y los públicos visitantes en la exposición nos reconocimos, nos afectamos, nos acompañamos en presencia de la verdad que emerge, que duele, pero que esclarece y nos abre nuevo senderos para caminar. Esta *contemplación y auscultar simbióticos* se convirtió en una labor constante y consciente, que nos permitió entender en profundidad que cada ser humano tiene su propia frecuencia de lenguaje y de *sentipensar*; frecuencias que procuramos acoger, cuidar, resonar y armonizar ante ellas. De aquí deriva el nombre del espacio de mediación “Polifonías: un espacio para las múltiples voces”.

El espacio tejido por los mediadores y los públicos es para mí un espacio de resonancia. Más allá de su significado sonoro y de la mecánica acústica, la resonancia en la mediación derivaba de la *tensión interior* que sentimos al ver los casos de desplazamiento campesino, al entender los mecanismos complejos para forzar que un desaparecido permanezca así, o de nuestra ancestralidad indígena avocada a la desolación, a la carencia de ritualidad y unicidad con la naturaleza y el cosmos. Generalmente, el espacio de esta tensión se ubica en el espacio entre la caja torácica y el vientre, lugar del cuerpo que alberga la mayoría de órganos

vitales. asimismo, los relatos de víctimas del conflicto armado en Colombia durante los recorridos, y la conmoción de quienes profundizaban su entendimiento sobre el conflicto, quedaron depositados en nuestras vísceras y tórax, en nuestros corazones, en nuestro cotidiano.

El espacio tejido por los mediadores y los públicos, había una relación entre el silencio y la resonancia. En los recorridos con públicos, tanto en ellos como en los mediadores, el silencio fue un estado que acentuó la presencia de las voces, las narraciones. En medio del silencio, nos podíamos observar, reconocer, auscultar. Sentí que en esos breves intersticios entre la resonancia y el silencio, se develaba la verdad ante nosotros.

Agradezco infinitamente a la CEV, al equipo de los Museos de Arte y especialmente a su equipo educativo y de mediación, por su voluntad y cuidado en acoger a los públicos, sus contextos, sentimientos, ideas y lenguajes. Gracias, equipo a quien llevo entre el pecho y el vientre, por el aprendizaje tan grande que tuve junto a ustedes, por ponerse en tensión dentro de la exposición y, en medio del silencio, tener la voluntad de “inclinarse para aplicar la oreja” delicada y poderosamente en lo públicos visitantes, para acoger con cariño aquello indecible que habita en ellos.

A ustedes, estimadas lectoras y estimados lectores, los invito a leer estos textos que proponen cómo el pensamiento esclarecido y el sentir conmovido en relación al Conflicto Armado en Colombia, fueron la base para cimentar un actuar transformador, y para develar en comunidad una verdad mediante actos que construyen paz.

GRIETAS EN LA MEMORIA

Por Maira Montenegro Romero

Hay experiencias que nos marcan el corazón, que transforman el modo en que percibimos nuestro entorno. La mediación cultural en “Huellas de desaparición” fue una de ellas, no solo por el contenido mismo de la exposición y de las historias que recoge, sino también por las personas que trabajamos en ella, por quienes llegaron a visitarla y se conmovieron e incluso compartieron sus memorias en las salas del museo.

Desde la aproximación inicial al contenido de la exposición, el ejercicio de mediación estuvo acompañado por el temor y las dudas: observar por primera vez los videos que retrataban el trabajo en territorios de conflicto, tratar de entender el contexto de las voces de víctimas, escuchar atentamente las experiencias y recomendaciones por parte del equipo de la CEV e identificarse con las preocupaciones de varios compañeros mediadores, respecto a lo que sería la experiencia en salas de una exposición de esta dimensión. Nosotros teníamos claro que solo estando con el público sabríamos a ciencia cierta lo que enfrentábamos, para, con el paso del tiempo, mediando, entender que la historia no es solo cuestión del pasado, sino algo que también se construye en el presente mientras estamos dialogando con el público frente a esos murales e infografías.

Si bien la mediación implica un ejercicio de empatía y lectura del otro que nos permita reconocer las herramientas del lenguaje con que podemos crear lazos de comunicación, y quizás afecto, con nuestros visitantes, en “Huellas de desaparición” este reto era aún mayor porque reconocimos la emocionalidad que podía desatarse de modo no controlado en las personas, o incluso en nosotros mismos.

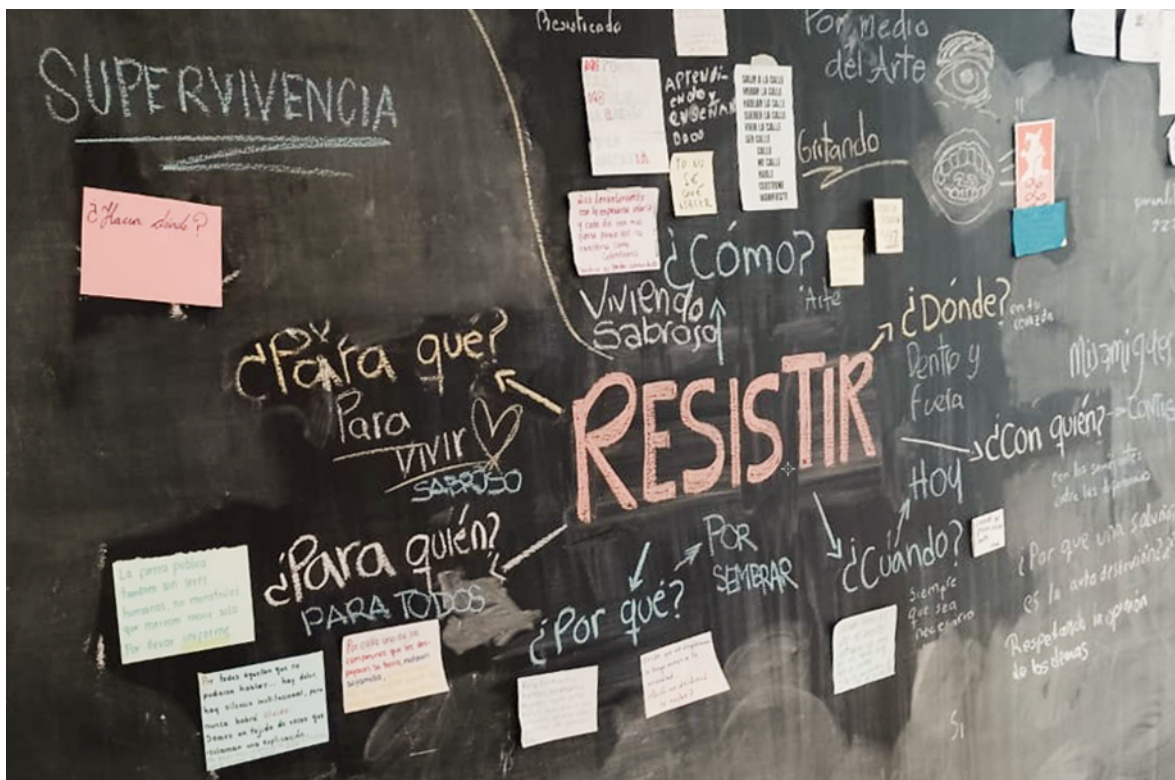
A pesar de que todos experimentamos en diferentes niveles la historia de violencia del territorio que habitamos, no es tan fácil ni rápido conocer las experiencias particulares de cada quien; solo con el tiempo y la participación de los visitantes se lograba vislumbrar el grado de conexión o desconexión que tenían con el contenido de la exposición. El desborde emocional era algo real, se experimentaba frecuentemente, soportado en tristeza, frustración, ira o angustia, y se exteriorizaba muchas veces en lágrimas y expresiones de inconformidad, expresiones que a veces tememos y evitamos. Por ejemplo, en términos muy generales en el ejercicio de mediación, no se espera que el público se vaya con un “mal sentimiento” como la tristeza, pero con el tiempo se pierde el miedo a las lágrimas y nos damos cuenta de que son la manifestación de una tristeza que es necesario liberar para poder sanar.



Otro de los retos experimentados en esta labor de mediación fue el diálogo con personas “negacionistas”. Muchos de nosotros nos rodeamos de personas con ideas similares a las nuestras, lo que tiene sentido, pues resulta más cómodo; sin embargo, no estamos acostumbrados a dialogar con las diferencias, o incluso nos cerramos tanto a ellas que ni siquiera queremos conversar. La estrategia de

preguntar a las personas cuáles son los temas de los que no se puede hablar en la mesa con la familia (tomada de Érika, una de las mediadoras de la exposición) era una pregunta que en un principio provocaba risas; gracias al tradicional dicho colombiano sabemos que estos temas son fútbol, política y religión, y algunos agregaban otro tema: el sexo. Finalmente, la pregunta llevaba también a una reflexión: ¿en serio es tan difícil hablar con nuestros familiares de temas que producen tantas emociones, sin terminar insultándonos o lanzando las puertas? Simplemente, normalizamos la falta de diálogo, ya que es más fácil silenciar o estallar cuando no estamos de acuerdo, que hablarlo desde el argumento y la escucha.

Como vemos, a cada reto le corresponden múltiples aprendizajes y nuevos cuestionamientos. Y en relación con las diferencias, podríamos proponer preguntas como estas: ¿es realmente correcto hablar tratando de convencer? ¿Cómo proceder ante la diferencia o el desacuerdo? Algunas veces puede ser mejor abandonar esa voluntad y dedicarse a la escucha sincera de todas las partes, dando lugar y respeto a los derechos de cada ser. También debemos abandonar el optimismo al pensar que todos los visitantes van a salir del museo con esperanza en el corazón, ya que sin duda varios se van a ir disgustados, ofendidos, frustrados o confundidos; aun cuando nos enfoquemos en celebrar la vida y responsabilizarnos de nuestro rol como colombianos en la construcción de paz, es poco probable encontrar de manera simultánea en todas las personas una disposición al diálogo o a la escucha.



A estas alturas, vale la pena destacar un elemento transversal a todo lo antes mencionado: la palabra. A través de ella se van revelando las grietas que habitan en los corazones, en el interior de cada persona, pero a la vez en nuestro territorio; grietas que han fragmentado, a su turno, nuestra memoria. Debido a esto y a otros tantos factores, tenemos una historia incompleta y difícil de comprender, pero no por eso hay que dejarla en el olvido.

Y hablando de historia, preguntémonos también por el conocimiento del territorio; duele reconocer el número de personas y sectores del paisaje que están marcados por la pérdida y la muerte, y sorprende que lamentablemente nos percatemos de la existencia de dichas personas y paisajes solo cuando las historias de dolor llegan a nuestros oídos. La carencia de pedagogía de historia y geografía, tanto como la falta de curiosidad al respecto, nos han distanciado y han hecho invisibles grandes porciones de nuestro territorio; en parte, a causa de esto el reconocimiento y la escucha siguen siendo un reto para las víctimas, aun

cuando sus memorias sean esenciales en la construcción y el entendimiento de nuestra historia.

Para finalizar, reconozcamos todo lo que queda por decir y todo lo que falta por hacer. Sabemos que la paz es un proceso lento, pero es innegable que todos merecemos un espacio y un tiempo de vida en los que predomine la tranquilidad. Quienes hemos tenido el privilegio de vivirlo debemos concientizarnos de que lo importante de los privilegios ha de ser cómo logramos actuar desde allí para ofrecer a otros esa oportunidad, para que quizás un día no tengamos que llamar privilegio a la vida digna.

Retomando entonces las preguntas, formulemos una para cerrar: si queremos sanar como personas y sociedad, ¿por dónde empezamos? Restaurar la confianza es una de las propuestas, porque es lo primero que se pierde y es también la base sobre la cual se construye comunidad.

**“LA PURA Y SIMPLE VERDAD RARAMENTE ES PURA
Y NUNCA ES SIMPLE” (OSCAR WILDE)**

Por Alejandro Walter Camargo

Siempre es complicado saber por dónde empezar. Mientras escribo este texto, me bombardean cientos de emociones, sensaciones, pensamientos y recuerdos. Me asalta entonces esa indecisión de cómo abrir el diálogo, cuál palabra emplear, cómo situarse, qué decir y cómo decirlo, cuestionamientos que me resonaban en forma constante. Casualmente, esos mismos cuestionamientos son algunos a los que me enfrenté cuando estuve en la exposición “Huellas de desaparición”. Cabe aclarar que los modos en los que se aborda una exposición de arte son muy diferentes para el público en general que para los que están detrás de la muestra y hacen posible que esta exista.

La exposición “Huellas de desaparición” marca un precedente importantísimo, ya que en esta confluye la colaboración entre la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, entidad que busca aclarar los hechos de violencia de los últimos años, y Forensic Architecture, un colectivo interdisciplinario con base en Londres que investiga violaciones de derechos humanos y ambientales en todo el mundo. La masiva acumulación de datos, fechas y testimonios, al igual que la rigurosidad de la investigación y el modo de presentarlos al público, conllevó un enorme esfuerzo por parte de estas instituciones, de los testigos, víctimas y familiares, que mantuvieron un anhelo de esclarecimiento, reconocimiento y dignidad. Por otra parte, el Banco de la República se une brindando el espacio de exposición, sumándose así infraestructura, museografía, montajistas, personal de seguridad, entre otros, que se encargaron de hacer tangibles los grandes y complejos archivos virtuales. Ubicaron las proyecciones de video, instalaron los grandes materiales impresos que podían manipular los públicos, elaboraron las maquetas, en fin,

materializaron todo lo que alguna vez fue una idea de cómo se mostraría. Finalmente, el equipo de mediación al cual pertenezco tuvo un acercamiento a la exposición con otros métodos objetivos, un tanto diferentes y a la vez cruciales.



No obstante, para mencionar el proceso de la mediación debemos, indiscutiblemente, aclarar a qué se hace referencia con esta palabra. Es casi imposible separar la palabra mediar, mediación o mediador, cuya raíz latina es *mediare*, que significa 'estar en medio de dos cosas'. Y *grosso modo*, aunque simplista, eso podría llegar a significar la labor que desempeñamos. Pero ¿estar en medio de qué? ¿De quiénes?

En el contexto de los museos, el mediador estaría en medio de la obra y los públicos que la presencian. ¿Es entonces el mediador una especie de guía? ¿Un personaje que conoce las obras, la retórica y se desenvuelve hablando con los públicos de los significados y propósitos de cada una de las obras que se presentan y exhiben? La respuesta podría ser sí, porque esas son habilidades que requiere un mediador, pero no solo es eso. Es justo allí donde estoy en desacuerdo con esa vaga relación etimológica anteriormente enunciada, y es que el mediador no solo funge como un traductor de conceptos artísticos visuales que se consignan en las obras y lo vuelve verbalidad. Una mediación suscita, despierta ideas, genera pensamientos en unos diálogos horizontales, movidos desde la razón, el sentir, la memoria, el cuerpo, el llanto e incluso el silencio.

En resumen, un mediador no solo es un personaje que conoce los datos, las fechas y todo tipo de información que repite de manera digerible y creativa. La mediación radica no solo en memorizar datos y contarlos en relación con las obras y los espacios, sino en propiciar un momento, un encuentro en el que no solo se conectan el arte y su relato, sino que se involucra a la persona desde las historias individuales para generar una experiencia que estimule los sentidos y pensamientos. ¿Y a la larga esto no es aprender? Freire nos habla de la horizontalidad de la pedagogía. La mediación permite el diálogo corporal y lingüístico en un espacio seguro de pensamiento, palabra y obra, donde aprendemos del otro y lo valoramos en el proceso.

Ya abordado el tema de la mediación, sucintamente, hablaré sobre el proceso para trabajar en una exposición, que siempre es previo. Por lo general, las exposiciones, museografías y curadurías enfrentan cambios, crecen y se modifican dinámicamente, como un ser viviente. Por esto en el proceso de estudio, que se hace antes de cada inauguración, hay muchas ideas de cómo será finalmente la muestra, cómo se dispondrá, y cómo se recorrerá y leerá la muestra. Esto es muy importante, porque nos remite a las preguntas del inicio: ¿cómo abrir el diálogo? ¿Cuál palabra usar? ¿Cómo situarse? ¿Qué decir? ¿Cómo decirlo? ¿Cómo expresar de la manera más precisa la información que se consigna?

¿Cómo me dirigiré al público cuando lo tenga frente a mí? En general, esas son las habilidades que hay que desarrollar en medio de la labor de mediación.

Sin embargo, las connotaciones de “Huellas de desaparición” hacían que este cuestionamiento fuera aún más trascendental. Sin quitarle mérito a ninguna otra exposición, en esta el público, las víctimas y los mediadores dejaban el corazón. ¿Cómo decir lo indecible? Theodor Adorno decía que después de Auschwitz no podía haber poesía decía, y yo me pregunto si en nuestro caso podría haber un después, un día en que habláramos de la historia de la violencia como un ríspido, crudo y cruel tema que ya pasó, como una verdad que se almacena en los libros y corazones de una nación ya cicatrizada.



¿Durante Auschwitz hubo poesía?... ¿Cómo hablar de los temas que siguen vigentes? ¿Cómo mirar a los ojos a alguien y decirle que los males, la violencia en general, no son un capítulo alejado en la historia? ¿Cómo explicarle que hay comunidades, pueblos enteros que están muriendo en este preciso momento? ¿Cómo decirle, sin quebrarse en llanto, que las personas que sufrieron estos males siguen allí, intentando sobrellevar unas adversidades que no se han ido en medio de un silencio que los invisibiliza, los entierra? ¿Cómo no experimentar un vacío, un escozor, un peso en el alma cuando sientes la mirada de campesinos que han sido perseguidos y violentados? Hombres y mujeres que perdieron hogares, familias, amigos. ¿Cómo expresar la agonía de sentirse muerto en vida, como si una letra escarlata se dibujara sobre ellos tan solo por la nefasta condición y suerte de haber nacido en un lugar y un tiempo específicos? ¿Cómo poder transmitir el dolor que se enfrenta al perder la historia de un ser querido, su paradero, su vida? ¿Qué fue de él?... Después de siete meses de exposición, después de dialogar de esto casi a diario con miles de personas, todavía no encuentro las palabras para hablar de esto.

Las mediaciones en "Huellas de desaparición" fueron entonces, como lo son en todas las exposiciones, unas búsquedas con la cautela y la rigurosidad que exigía la exhibición, pero con una herida abierta que se cerrará con el diálogo, con la verdad. No era extraño que en medio de los recorridos en sala hubiera llantos, quebrantos de voces, miradas perdidas y nostálgicas. La realidad presentada era como una bofetada en el rostro de los visitantes, en su mayoría bogotanos, que se sentían desconectados de estas realidades, pero que igualmente se frustraban por sentir que no podían hacer nada para cambiar esta realidad.

A este tipo de sensaciones mi mente respondía con una imagen muy certera, con una frase jesuita que había escuchado de un amigo tiempo atrás: "Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est", cuya traducción al español sería "Cosa divina es que lo más grande no nos frene y, sin embargo, que lo más pequeño nos contenga enteros".

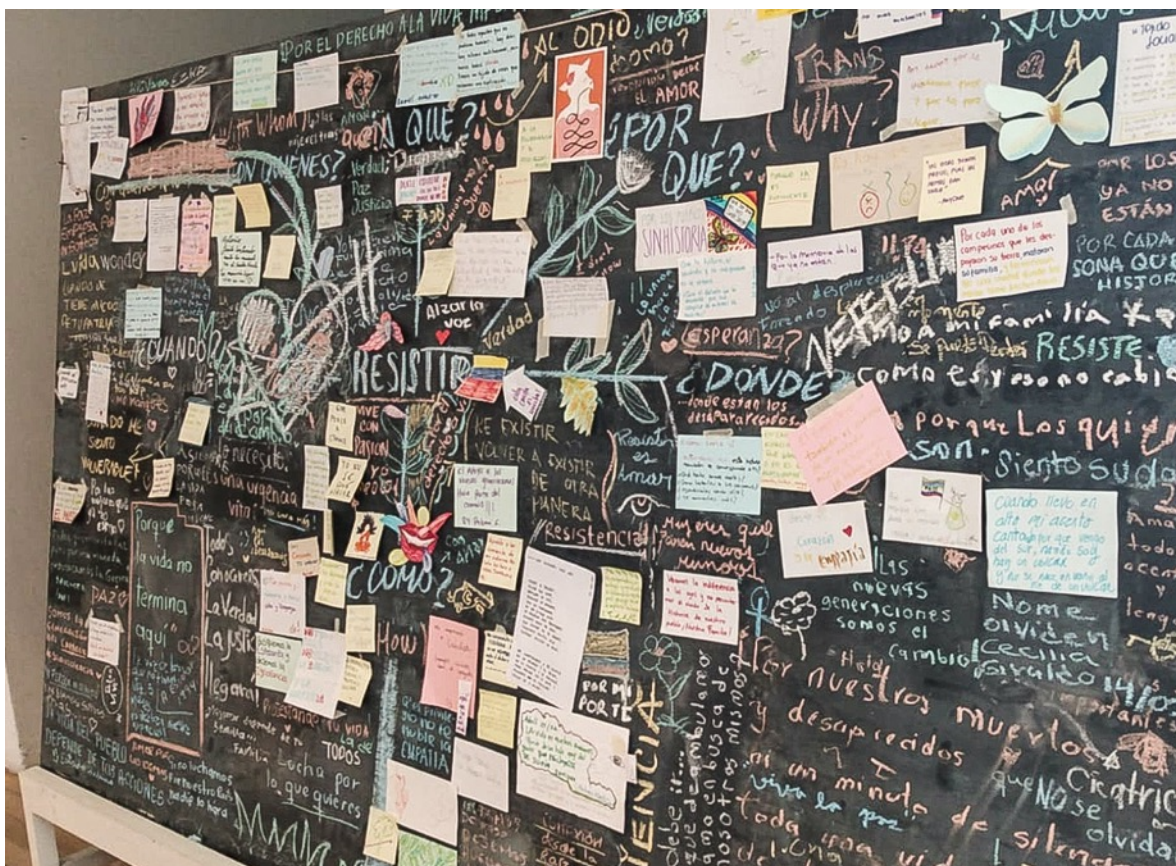
Esta frase, que podría verse un poco fuera de contexto, siempre me enseñó que no debemos sentirnos avasallados por el infinito, por la grandeza de las cosas que parece superarnos con su peso e imponentia. Me enseñó que simplemente no tenemos un límite y que siempre estamos contenidos en lo más pequeño, en lo más sutil, en lo más cercano e íntimo. La magnificencia de las cosas siempre va unida a lo más pequeño, nunca van separadas, siempre van en yunta. La verdadera grandeza se gesta en lo más pequeño, por eso nunca debemos olvidar que, desde nuestras posiciones, por pequeñas que parezcan, se complementan con el todo. No podemos cambiar el mundo, pero si cambiamos nosotros, estamos contagiando, y llevando desde nuestra parte íntima y pequeña un cambio que se manifiesta en la grandeza.

No obstante, y aun cuando la mayoría se sentían interesados y acongojados por los relatos y la experiencia misma que nos producen la exhibición y la mediación, no todas las personas reaccionaban con indignación, tristeza o frustración. Algunos, especialmente los más jóvenes –y debo aclarar que no todos ellos–, tenían consigo la fuerte marca de la apatía, de la indolencia. Qué triste era para mí ver que en un país donde el conflicto ha sido tan fuerte, donde aproximadamente uno de cada cinco colombianos ha sido víctima del conflicto armado, la indolencia, la apatía y el camino simplista de ver para otro lado sean la opción que se tome. Siempre les deseé que jamás la vida los pusiera en una situación como la que vivieron esas personas que se honraban en la exposición, pero también les deseé que ojalá un día se despertaran y tuvieran no solo una visión más completa del país en el que viven, sino más humana. Si algún día nos podemos ver entre todos con respeto, como personas, ese día podremos vencer la apatía y podremos construirnos como una sociedad.

Los datos en las mediaciones son verdaderamente importantes: ¿a qué periodo pertenece una obra? ¿Quién es el artista y en qué contexto se desenvuelve? Fechas, nombres, lugares se convierten en claves muy importantes para brindar nociones y generar debates frente al arte y el mensaje que nos brinda. No obstante, en “Huellas de desaparición” cada dato tenía una connotación especial,

no solo por la rigurosidad de la investigación o la precisión que involucra hablar de sucesos históricos y la veracidad que se alberga en cada fecha y nombre, sino especialmente porque cada dato es una vida, una persona que ya dejó este mundo, una que sigue sin tener respuesta de sus seres amados, una persona que aún está enfrentando los horrores de la violencia, una persona que vive y sueña. En más de una ocasión estuve hablando con víctimas del conflicto que me lo hicieron saber hasta el final y que me mostraron su gratitud por hablar de lo que no se habla. Qué mejor forma de entender que los datos no son números sino vidas, y cuando estas se vuelven carne y palabra en una persona, te cuestionas y sientes la mayor vulnerabilidad y la más grande admiración al ver la fortaleza con la que ellas se asoman al mundo y encaran esa realidad, que apenas dimensionamos cómo se puede sentir.

Quedan muchas cosas sin decir, sin mencionar, incluso algunas están aún sin procesar. Pero si algo puedo decir de mi experiencia como mediador en esta exposición, es que hablar de verdad casi nunca es puro, en tanto que hay múltiples factores que intervienen en el desenvolvimiento de los hechos. Para alcanzar esa "pureza" se debe hacer un proceso de investigación, y aunque la exposición llegó a un nivel de detalle y rigurosidad increíble, todavía quedan muchas preguntas sin resolver, muchos silencios, escondrijos, miedos que prolongan una oscuridad que nos impide ver el panorama, y lo peor, una oscuridad que nos impide sentir de dónde venimos y hacia dónde podemos ir. La verdad no es pura sino porosa, se descubre, se revela poco a poco con trabajo y conciencia.



La verdad jamás es fácil de encontrar, de ver, sentir y hablar. Allí radica mi exhaustiva relación con las siguientes preguntas: ¿por dónde empiezo? ¿Cómo lo digo? ¿Qué decir? En la verdad está el peso de los hechos. Por eso es tan duro poder mencionarla, por eso hablar de la mediación en “Huellas de desaparición” es un proceso de emociones y pensamientos que albergan el dolo que solo la verdad posee. Si esta historia fuera ficción, podríamos incluso llegar a admirar la complejidad del contexto, nos conmoverían sus personajes y tendríamos la linda sensación y el consuelo de saber que es solo un relato más, que terminará cuando cerremos el libro. Pero no podemos, porque saber que todo esto es real nos forma un nudo en la garganta y nos hace pensar en cosas que vemos, que escuchamos y que nos decimos que no son ciertas; eso nos hace replantear nuestra vida, nuestro contexto, nuestra relación en el mundo.

Saber que todo esto ha pasado nos aleja de las verdaderas ficciones que tenemos a diario en las pantallas de los celulares y en los mundos internautas. Solo cuando sabemos que esto es verdad le encontramos sentido a la frase de Heidegger que enuncia que todo lo trascendente sucede en medio de la tormenta. Los torbellinos de sentires que nos conducen a la verdad nos hacen ver qué es lo realmente importante, casi miramos a los ojos a los seres que amamos, y les rogamos al destino, al azar y a los dioses que puedan existir para que nunca nos toque esa realidad. Ojalá veamos estos relatos y actuemos en pro de que nadie, nunca más, deba pasar por lo mismo que han pasado y sufrido los miles de víctimas en este conflicto. La verdad es un nudo en el pecho que debemos desatar para al fin poder hablar.

En este orden de ideas, ¿cómo podemos desatar ese nudo de la verdad? ¿Cómo romper el silencio? ¿Cómo han logrado salir tantas cosas a la luz en las investigaciones? ¿Cómo se puede construir una verdad? Desde mi más humilde opinión, esto solo se puede lograr a través del amor, un sentimiento reducido y encasillado a una pareja pero que se manifiesta ampliamente: amar la justicia, la verdad, una causa, un territorio, una persona que no está. La convicción, el compromiso, los principios han vencido las penas y temores; han logrado cimentar las bases de un diálogo, de una apertura a la verdad y a la justicia social.

Si bien es cierto que aún faltan muchas respuestas, jamás debemos olvidar que cientos han entregado todo, incluso su vida, para sacar a la luz los hechos que conforman nuestra historia y moldean nuestro presente; por esa razón, nunca debemos permitirnos olvidar para honrar a las víctimas, para honrar la memoria de todos los que lucharon y siguen luchando, para dignificar la vida, para amar y para construir una mejor sociedad. Espero sinceramente que a los miles de personas con los que hablamos en estos meses pasados les hayamos despertado un deseo de investigar, de conocer, de reflexionar, de cambiar, de respetar, de valorar y, sobre todo, de amar.

Finalmente, no podría despedirme sin antes agradecer a todas las personas que se dejaron tocar por nuestras palabras, las que por un instante sintieron que esas vidas, historias y dolores eran propias, aunque no lo fueran. Un agradecimiento enorme a todas las personas que investigaron y consolidaron esta exposición, a todas las víctimas que siguen allí luchando a diario por una vida digna y justa, y un reconocimiento especial a mis compañeros que estuvieron a mi lado, día tras día, poniendo el corazón, exponiéndose, quebrándose con cientos de relatos que se albergaban en la exposición y con otros cientos que venían en los corazones de las personas que visitaban la muestra.

Gracias infinitas por servir de apoyo, ya que sentíamos que nos teníamos los unos a los otros cuando la zozobra nos desbordaba. Gracias infinitas porque me enseñaron muchas cosas, porque nos contuvimos y mantuvimos hasta en los días más duros. Gracias porque sin ellos no se habría podido recibir ese mundo de sensaciones que miles de personas manifestaban abriendo su corazón mientras inconscientemente se unían al nuestro. Muchas gracias a ellos porque, al igual que yo, nunca dejaron de creer en la vida, en que la verdad es el camino, en que el amor no solo nos hace más fuertes, sino que nos hace crecer.

REFLEXIONES Y CONVERSACIONES CONMIGO Y CON OTROS

EN TORNO A "HUELLAS DE DESAPARICIÓN"

Por Yuli Rivera

"Huellas de desaparición", una de las exposiciones más importantes del 2022 en el país, ha sido hasta el momento la muestra más desafiante como mediadora, educadora de museos y, por supuesto, ciudadana.

En la Sección de Servicios al Público y Educativos de los Museos de Arte del Banco de la República, tuvimos valiosos encuentros con miembros de la Comisión de la Verdad desde meses antes de inaugurar la exposición, quienes nos explicaban detalladamente sus objetivos en la investigación de casos durante el conflicto armado colombiano y en cómo la memoria y el esclarecimiento de la verdad podrían buscar la no repetición de los hechos. A partir del trabajo colaborativo, definimos tres rutas que nos permitirían encontrarnos con los contenidos de la exposición: memoria, territorio y resistencia. Estas tres palabras se enriquecieron a punta de dibujos, frases y preguntas hechos por los visitantes durante estos siete meses.

El enfrentarme a tan profunda investigación y, por supuesto, a tamaña responsabilidad con algunos de los casos del relato más amplio del conflicto armado interno que entrega la Comisión de la Verdad al país me llenó inicialmente de temor, pero también de sensibilidad, para ser testigo de los múltiples movimientos que surgen después de cada recorrido y cada relato, con datos que destaco de los casos y que me parecieron claves para articular las narraciones y la suma de varias experiencias y reflexiones que se adicionan con los días de exposición desde su inauguración, el 10 de diciembre del 2021, Día de los Derechos Humanos.

El espacio de “Polifonías” fue precisamente eso, el sonido simultáneo de múltiples voces, donde el encuentro, la escucha y el diálogo fueron las herramientas principales para transformar la experiencia de la exposición.

Luego de un recorrido extenuante físicamente, con dolor en las rodillas, la cabeza o la garganta después de hora y media o incluso de dos horas de caminata, y claramente con un desgaste emocional por los datos, las imágenes o los relatos que permanecen en mi memoria y en la de algunos visitantes, llega la hora más interesante del recorrido: el cierre. Lo menciono porque realizar un recorrido tras otro hacía que en algún punto viviera cotidianamente la exposición, al tiempo que el relato comenzaba a configurarse con algunas estrategias que permanecían o cambiaban, según veía que funcionaba o no con los grupos. Durante estos, generalmente los asistentes permanecían en silencio mientras intentaban digerir tanta información y emoción al tiempo. Al final, después de algunos comentarios e intervenciones a lo largo del recorrido, se abría el espacio de discusión.

Quisiera compartir, entonces, algunos recuerdos y palabras que he estado recopilando y guardando en mi libreta a lo largo de los meses de mediación en esta exposición, que muchos visitantes de distintos lugares y contextos han compartido conmigo y que, buscando un espacio para digerir, recordar y escribir, deseo relatar.

Con públicos que se unían al recorrido general surgieron preguntas como:

¿Por qué no sabíamos antes de esto?

¿Por qué el Banco de la República decide apoyar esta exposición, pese a que tiene contenidos tan delicados?

¿Los contenidos de esta exposición no deberían ser permanentes?

¿Qué otras personas han venido? ¿Hay visitantes que se han molestado?

Un joven que venía con el Idiprón se sentó rápidamente en “Polifonías”, en el espacio adaptado fuera de la sala, tomó un plumón y comenzó a escribir mientras me comentaba que se sentía muy conmovido por los contenidos de la exposición y que, siendo rapero, deseaba ser la voz de los que aún no la han encontrado, que ese sería su compromiso al salir de allí.

Otro día tuve un recorrido con un historiador y un trabajador social, que no se conocían, pero que generaron un diálogo muy interesante con sus intervenciones, sobre todo en el caso del Urabá. Claramente, sus comentarios fueron muy enriquecedores, ya que profundizaban en varios de los datos que yo iba mencionando. Una frase que me marcó de uno de ellos fue esta: “Qué duro es saber que el banano que comemos crece en la misma tierra en la que muchos han muerto”. Y aunque no es una frase esperanzadora, reconocer la historia del país entre riqueza natural e intereses particulares forma parte de la construcción colectiva de memoria, y eso es importante.

Uno de los recorridos que más me desafiaban era el de los colegios. *¿Cómo les hablo de hechos que parecen tan lejanos a sus contextos? ¿Cómo lo comunico? ¿Qué palabras podría utilizar? ¿Qué preguntas usar? ¿Por qué debe ser importante esto para ellos? ¿Qué experiencia quisiera que tuviéramos como grupo?* Intenté utilizar varias herramientas que hemos compartido en las sesiones de estudio del equipo de mediación, como el proyecto “Escuela universos” de los Museos de Arte del Banco, para iniciar con un ejercicio que nos permita reconocernos como grupo antes de comenzar el recorrido.

Apresúrate despacio a...

“... disfrutar el camino”

“... aprovechar el tiempo”

“... ¡divertirse!”

“... vivir”

Estas fueron algunas de las frases que contestaron. Luego hablábamos del título, "Huellas de desaparición". *¿Qué me dice? ¿Qué pienso cuando me acerco por primera vez al espacio de exposición?* Varios de los estudiantes mencionaron:

Misterio

Rastro

Investigación

Verdad

Violencia

Es importante hacer una acotación al respecto y es que varios de los colegios tenían clases o momentos previos de contextualización de los contenidos, lo que enriquecía el diálogo durante el recorrido; incluso varios tenían trabajos por desarrollar a partir de este. Otros no, lo que sugería utilizar otras herramientas para hacer más cercana la exposición. Recuerdo un colegio que tenía una guía por desarrollar a partir de la conversación que construíamos. Varias de estas preguntas resonaron en el museo luego de nuestro encuentro:

¿Cómo guardamos dentro de nuestro cuerpo, y fuera de él, lo que recordamos?

¿Las memorias pueden transformarse? ¿Por qué o cómo?

¿Pueden las memorias construirse, borrarse o destruirse?

¿Cómo las emociones afectan los recuerdos?

¿Cómo los recuerdos afectan las emociones?

¿Ante qué, cuándo, dónde, cómo, por qué o con quién resisto?

¿Cómo pueden aportar las perspectivas del conflicto armado a nuestra comprensión del presente?

Continuábamos realizando el recorrido por el espacio de la selva detectada, correspondiente al caso del territorio nukak, y por el Urabá antioqueño, hasta llegar a “Las cajas negras de la desaparición forzada”, caso que era un poco más cercano, así fuera espacialmente, a sus experiencias personales. Primero nos ubicamos:

¿Dónde estamos?

Y a continuación se hacía la siguiente pregunta:

¿Qué es lo que más me gusta de esta ciudad?

Los estudiantes respondían en un papel adhesivo que luego se socializaba y utilizaba como herramienta para continuar el relato:

El centro histórico

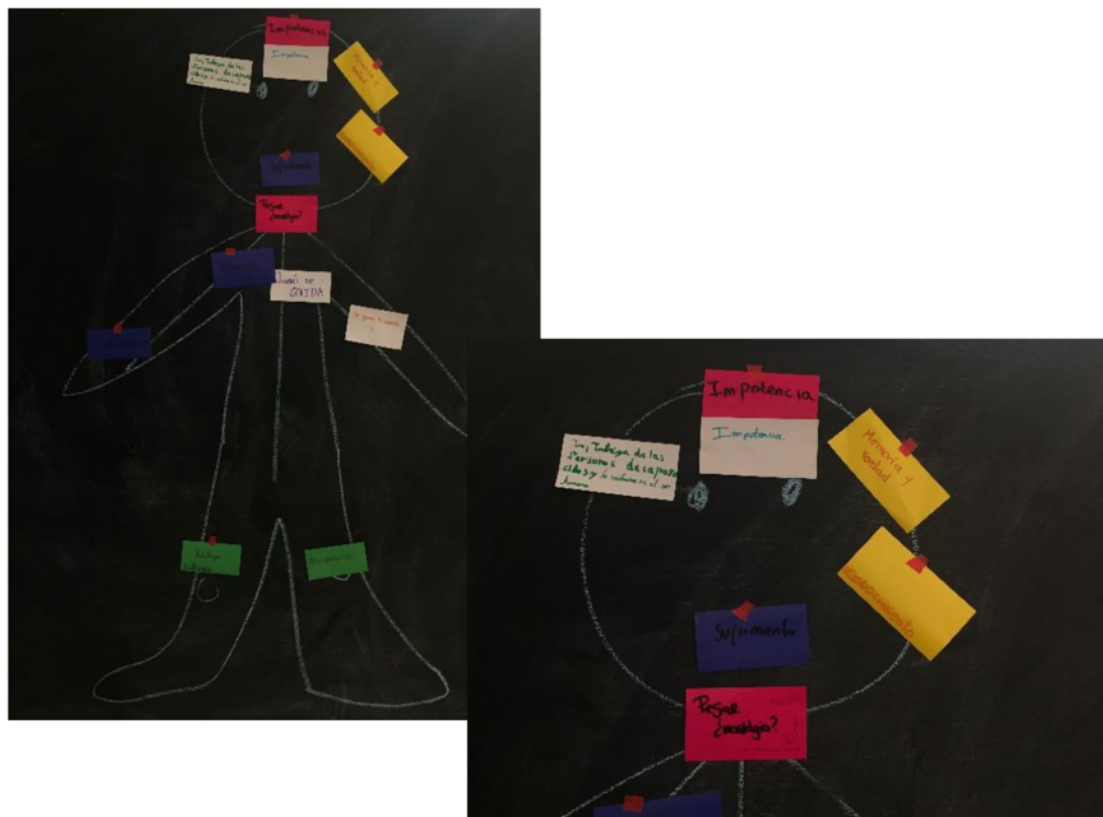
El frío

La cantidad de actividades culturales que ofrece

Ahora, ¿qué espacio representa la maqueta? ¿Es familiar a nosotros? ¿Conocemos historias de este hecho? Así comenzaba uno de los relatos más dolorosos de la exposición, tal vez por sentirlo tan cercano espacialmente, incluso estando en el museo. Me parecía muy importante también ver la mesa de objetos de los familiares, que se encontraba justo afuera de la sala, y construir entre todos una historia a partir de ese objeto que vemos allí, de las fotos, de los letreros.

Es imposible no percibir que algo sucede en nuestro cuerpo cuando sentimos tan cerca estas historias, y cuando eso pasa, es importante que esa sensación, ese sentimiento o esa imagen se transforme en una palabra que nos permita recordar, sostener y aportar a la construcción de una memoria colectiva. Por esto, al finalizar el recorrido y luego de tantos sentimientos encontrados, les pedía a los jóvenes que nombraran eso que experimentaban o eso que les había quedado después del recorrido y lo ubicaran en una parte del cuerpo, dándole también un

color a esa palabra. Surgieron entonces palabras frías y lejanas, así como otras intensas y fuertes, que ubicaron de la siguiente manera:



Construimos esta imagen entre todos, reconociendo que varias de las palabras mencionadas se repetían y que tal vez podrían estar en más de un lugar. Fue un ejercicio que, a mi juicio, permitió ir a otro lugar más allá del dato, de la cantidad de información, que igual hay que tenerlos presentes, pero que en un público como este buscaba resaltar la experiencia personal en medio de un contenido tan complejo, como eran estos tres casos.

El ejercicio de nombrar los sentimientos y ubicarlos en una parte del cuerpo surgió a partir de varios recorridos y la necesidad de hacerlos más participativos, especialmente con gente joven. También recuerdo un día en particular, en el que miembros de la Comisión de la Verdad visitaron la exposición junto con la

generación V+: jóvenes voluntarios replicadores y voceros del informe final, quienes con una actitud abierta y sensible propiciaron el diálogo a partir del compromiso que sentían con el legado de la CEV. Recuerdo mucho que ese día sentí una recarga de energía con palabras de reconocimiento desde múltiples perspectivas, las cuales me motivaron y me brindaron herramientas para los próximos encuentros que tendría. Fue el momento de recopilar varias palabras que resonaron por el resto de la exposición:

Fe

Perdón

Dolor

Aquí

Sentipensar

Recuerdo

Vacío

Sensibilidad

Resonancia

Impresión

Peso

Incertidumbre

Contención

Justicia

Impotencia

Ese fue uno de los días en que redescubrí “Huellas de desaparición”.

VER LAS NUBES Y MEDIAR

Por Catalina Jiménez Prieto

La primera vez que me acerqué a “Polifonías”, nuestro espacio educativo ubicado en la sala El Parquadero del Museo de Arte Miguel Urrutia (MAMU), me abordó una pregunta particular, escrita sobre una pared verde que invitaba a ser intervenida con tizas de colores: *¿cuándo sientes que perteneces a un territorio?* Después de pensarlo un rato, escribí sobre la pared que pertenezco a un territorio cuando me veo reflejada en él. Desde ese momento comencé a pensar que ese reflejo tiene que ver con la tranquilidad, que a su vez está ligada al poder estar en un espacio y tener un tiempo de contemplación, específicamente de ver las nubes pasar sin ningún afán. Para mí, pertenecer a un territorio es poder habitarlo y vivirlo, encontrando un equilibrio entre mi presencia en el espacio y las dinámicas de él; es poder contemplar tranquilamente las nubes pasar.

Ahora bien, como mediadora de la exposición “Huellas de desaparición”, fue inmensamente retador poner en palabras que uno de los principales problemas del conflicto armado en Colombia es la tierra. Lograr entender, dimensionar y compartir que la tierra no es solo lo que compone un territorio, sino que también es memoria, archivo y huella. Esto me llevó a dibujar, de un modo bastante sencillo, los territorios que se abordaron en la exposición. Hice un croquis del mapa de Colombia, y con colores ubiqué el Urabá, el Guaviare y Bogotá.

Suena bastante fácil ubicar geográficamente estos lugares, pero ese pequeño papelito me ayudó durante meses en mis mediaciones para que algunos visitantes fueran conscientes de que Colombia es un territorio dividido en miles de partes, con dinámicas completamente diferentes, y que en cada uno de estos territorios más pequeños hay personas que pertenecen, de mil maneras posibles,

a cada uno de ellos. El acercamiento honesto a historias ajenas me llevó a poner mi humanidad en cada mediación, esa capacidad de sentir afecto, comprensión o solidaridad hacia los demás, que a veces dejamos de lado por movernos en piloto automático por el mundo. Y un acto tan sencillo como estar presente de mente y corazón en cada mediación me llevó a darme cuenta de que esta no tendría sentido sin la voz de los visitantes, en un diálogo que construye; no es solo una voz contando una historia, son múltiples voces, visiones y experiencias las que nos acompañaron en estos siete meses de exposición.



La escucha se convirtió en un acto plenamente consciente, y en esa multiplicidad de voces también brotaron variedad de sentimientos y emociones. Me encontré con visitantes exaltados pidiendo explicaciones, exigiendo respuestas, con personas con lágrimas en los ojos, con nudos en la garganta, con malestar, con sensaciones de incredulidad y de impotencia. Pero también me encontré con miradas comprensivas, con abrazos cálidos, con palabras de agradecimiento que en el fondo guardaron un poquito de esperanza. Y es precisamente en esos momentos cuando me cuestiono como persona, como ciudadana, como artista,

como mujer, como amiga, como hermana, hija y nieta. Fue esencial saber que no tengo la verdad, que soy vulnerable y que no me las sé todas.

Una de las visitas más sorprendentes que recibí fue la de un grupo de militares del Cantón Norte, que llegaron a los museos por pura casualidad, mientras paseaban por el centro de Bogotá en su día libre. El corazón se me iba a salir del pecho por los nervios que tenía, pero respiré y asumí la visita como si el uniforme que portaban no me predispusiera al momento de hablar.

Para mi sorpresa, este grupo de jóvenes se acercó directamente a la maqueta de la Escuela de Caballería, y después de algunos cruces de palabras, pude notar su emoción al reconocer el espacio. Las oficinas, las caballerizas, las construcciones que se encuentran arriba de la carrera séptima, todos eran espacios conocidos. Entonces los puse en contexto sobre la toma y retoma del Palacio de Justicia, y procedí a contarles sobre lo ocurrido en esas instalaciones durante los días 6 y 7 de noviembre de 1985, un hecho que, para mi asombro, la mayoría de ellos desconocía.

Uno de los comentarios que escuché ese día fue el siguiente: "El lugar en el que vivimos tiene historia". Y sí, creo fielmente que todos los espacios que habitamos tienen una historia, unas más tristes y macabras que otras, pero a veces se nos olvida que la memoria no solo habita en la mente de las personas, sino que también habita en el cuerpo, en objetos, en edificios, en calles, en comunidades, en oficios.

Me acerqué cautelosamente a uno de ellos y le pregunté, con el corazón en la boca, qué pensaba de las cosas que habían pasado en la Escuela de Caballería, y él, muy tranquilo y sincero en su respuesta, me dijo que a ellos les enseñaban a cuidar a los ciudadanos y que esas cosas nunca debían volver a pasar.

En conclusión, en este encuentro fortuito predominaron el desconocimiento y la ausencia de memoria; fue una visita tensionante para mí en un comienzo, pero se transformó de alguna manera en un intento por hacer un poquito de memoria colectiva, de contar la historia para ver el pasado, entender el presente y construir el futuro.

Pertenecer a un equipo de educación de un museo conlleva una responsabilidad inmensa y mediar “Huellas de desaparición” requirió una preparación rigurosa, no solo por la precisión en el lenguaje, el uso de palabras correctas o la exactitud de la información, sino también por la aproximación humana a la realidad de miles de víctimas del conflicto. Fue imprescindible entender la importancia de dar un contexto claro, tanto histórico como social, y hacer un esfuerzo sobrehumano para desglosar una exposición difícil, tanto en contenido como en su puesta en escena.

Otras visitas que también marcaron la diferencia fueron las de ciudadanos extranjeros, en especial argentinos, chilenos y venezolanos, si mi memoria no me falla. Con ellos hallamos puntos de intersección en las historias de violencia de cada país, comprendimos de qué manera un acto tan doloroso como la desaparición nos une como latinoamericanos y finalmente encontramos esa empatía tan indispensable, a través de la necesidad infinita de hacer memoria y no olvidar. Entendimos que nos unen las ausencias.

El haber formado parte de las dinámicas de los asistentes a la exposición, en el momento de acercarse a la información, me dio luces para considerar el silencio como la manifestación más pura de desconcierto. El dar pistas para que cada persona se acercara e indagara sobre el contenido me hizo estar presente cuando estos indicios despertaron diferentes sentimientos y emociones en cada persona.

La mediación en “Huellas de desaparición” también generó espacios de cuidado con cada uno de los visitantes. Creo que se logró un proceso de concientización

sobre la responsabilidad política, social y emocional que tenemos todos como habitantes de un territorio.



Realizar el último recorrido con Valeria Montoya, el último día de la exposición y con más de cincuenta personas en sala, fue realmente conmovedor. Salí del espacio con el corazón blandito, como en muchas otras mediaciones, entendiendo que mi compromiso es seguir cuidando siempre con el corazón desde mis posibilidades; hoy, esa posibilidad es la palabra. Deseo que esta semilla que empezó a crecer con esta exposición siga creciendo, siga aprendiendo y siga recorriendo territorios; deseo también que todas las personas tengan la oportunidad de pertenecer a un territorio, de volver a él, de vivir dignamente en él y de tener la tranquilidad de ver las nubes pasar sin ningún afán.

APERTURA

Por Eslendy Ballén

La mediación no es un acto de transmitir simplemente información; es un encuentro para generar y desarrollar pensamientos y conocimientos divergentes, como múltiples líneas de fuga para activar el deseo de investigar y pensar; es la oportunidad para transmutar el lugar, construir experiencias y saberes colectivos; es un diálogo para transformarnos y permearnos sin pretensión alguna en el intercambio de preguntas, respuestas y reflexiones que se generen. Se trata, en últimas, de extrañarnos y descolocarnos al introducir una realidad dentro de la realidad cotidiana, todo con el fin de pasar la información por el cuerpo y explorar el camino del aprendizaje.



Los principales protagonistas en la mediación son la palabra y el cuerpo, resulta fundamental activarse recíprocamente, es una conversación donde se necesita de

un otro y se crear una comunicación bilateral, así las cosas, no solo quienes visitan temporalmente los museos pasan por la mediación, sino que al ser mediadoras también somos mediadas, ya que el verdadero saber no se enseña, sino que se encuentra en continuo aprendizaje. Durante el periodo de exposición de “Huellas de desaparición” observé la sorpresiva mirada de las/los oyentes al escuchar los hechos de los tres casos de la exposición y sentí en las/los visitantes el avivado interés por participar en la conversación que se generaba en los recorridos, lo que podría verse como minúsculos gestos, nos demuestra el proceso de transformación que tenía la información.

Los datos, evidencias y relatos de la exposición de por sí afectan; dentro del espacio de mediación, no solo impactan a las/los visitantes, sino también a quienes estamos transmitiendo la información en sala... Por ejemplo, yo me quebré dos veces en la muestra. Digo que me quebré cuando dentro del discurso riguroso, emotivo y con distintos matices durante el recorrido en la exposición, las palabras no emergieron y en cambio empezaron a brotar pequeñas lágrimas que me hacían atragantar las ideas, la conclusión de la visita o mi forma subjetiva de comprender los casos.

La primera vez que sucedió estaba con una compañera de mediación. Por fortuna, ella con su bella energía retomó la palabra, y dado que estábamos finalizando el recorrido, propuso hacer un ejercicio muy sencillo y poderoso a modo de conclusión: el círculo de la palabra. Entre todas las personas nos reunimos y nos regalamos unas palabras que se convirtieron en un respiro de calma entre tantas palabras turbulentas y dolorosas, y al finalizar todas/todos gritamos “¡Viva la vida!”. Unos minutos después, varias personas se acercaron, nos abrazamos y construimos lazos de afecto.

En otro momento, también estábamos ya finalizando con la visita, le pedí a una persona del público que leyera la carta que la esposa de Héctor Jaime Beltrán hizo para él, carta que formó parte de los objetos de las familias de las víctimas del Palacio de Justicia. Esa persona no pudo terminar, le faltaron los últimos tres

párrafos, y a otro asistente de la exposición terminó de leerla. Mientras los escuchaba, como sucedió en todos los recorridos, sabía de la necesidad de finalizar el recorrido con aires de energía más positivos, pues como mediadoras tenemos una responsabilidad ética y de cuidado con la información que entregamos en la visita y también con las personas que nos escuchan. En la experiencia pasada fue mi compañera quien manejo la culminación de la visita y en esta ocasión era necesario que yo lo hiciera.



Cuando se terminó de leer la carta, respiré aliviada y luego levanté la mirada; muchos ojos llenos de lágrimas estaban mirando hacia la vitrina donde reposaban aquellos objetos tan valiosos, que ayudan a humanizar esas cifras que a veces resultan tan lejanas. Las lágrimas que vi en otros ojos se posaron en los míos, esperé un poco, seguí hablando con la voz algo llorosa que poco a poco retornó a su tonalidad normal; recalqué la importancia de entendernos como un solo cuerpo social, de identificar en nuestras acciones cotidianas resonancias en los espacios y círculos sociales que habitamos, de no obviar el tiempo y la disposición de estar allí, de pensar en quienes no pueden acceder a estos espacios, a pesar que la entrada sea gratuita, y preguntarse que podemos hacer para contribuir a lograr el objetivo de la construcción de la verdad. Finalizamos con el ejercicio del círculo de la palabra y recuerdo muy bien que la última que se mencionó fue "perdón".

Cada una de las palabras pronunciadas en cada visita a “Huellas de desaparición” caló no solo en el público sino también en mí. La mediación va más allá de quien tiene el chaleco institucional de los Museos, pues al estar en campo es una acción que permea a las/los participantes. La muestra posibilitó que nos construyéramos en comunidad y nos involucráramos con las experiencias nombradas. Relacionamos los temas de la exposición con nuestras experiencias personales, lo cual contribuyó a una mayor comprensión del tema. Producir conversaciones y producir reflexiones son formas de resistencia acordes con la construcción de paz; somos voces en colectivo de una memoria viva, pues como dijo Eduardo Galeano, “muchacha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo”.



Para construir la memoria es necesario llegar a todo tipo de público, entre estos al público infantil. ¿Cómo se habla con las niñas y niños sobre el conflicto armado? Esta fue una de las primeras preguntas que surgieron con motivo de la exposición

“Huellas de desaparición”. En varias ocasiones llegaron familias con hijas(os) pequeñas(os), y se utilizó el material didáctico *Naturaleza de las verdades*, libro que está dedicado a público infantil; también sucedió que pasaban muy rápidamente por las salas o permanecían en salas de acuerdo con el tiempo que aguantaran sus hijos(as). Se podría decir que muy pocas familias tenían interés en que sus hijos(as) entendieran la exposición, posiblemente por la complejidad del tema. Todo eso me llevó a preguntarme lo siguiente: si no les enseñamos a los infantes desde muy temprana edad a interesarse por temas históricos y humanos que acompañan la memoria de un país, ¿quiénes de las generaciones venideras se encargarán de la construcción y prevalencia de la paz futura?

A estas familias intentaba hablarles, agacharme y priorizar la conversación dirigiéndome a las niñas y los niños. Recuerdo a una mamá con su hija e hijo y una abuela que se acercó después con sus dos nietas, que estaban muy interesadas en que estos seres aprendieran algo de la exposición. Más allá de ahondar en datos o conexiones históricas de cada uno de los casos, con palabras sencillas y precisas abordamos los temas de la exposición, partiendo del objetivo primordial de la construcción de la verdad y de los valores que hay que mantener como sociedad para un buen vivir. Intenté explicar con ejemplos cotidianos o ficticios sobre el significado de verdad, justicia, paz, diversidad, comunidad, país y territorio, así como también sobre por qué es importante no olvidar; hice preguntas como, por ejemplo, cómo se sentirían si ya no pudieran ir a su lugar favorito o acceder a espacios de la ciudad o de su casa, o qué harían si dejaran de ver a la persona que más quieren. Estas son algunas preguntas que ayudaron a sentir los conceptos y la información desde un espacio más real.

Como en muchas otras visitas, el uso de la imagen fue indispensable para la explicación; además de los mapas, las imágenes o la maqueta que estaban dispuestos en el espacio, observaron desde mi celular el mapa donde quedaban los lugares mencionados en la investigación, en comparación con el sitio donde estábamos en esos momentos, es decir, Bogotá, para que estos lugares no quedaran en una utopía y sí registrados en su memoria.



Resulta necesario diseñar desde el cuerpo y la palabra experiencias de aprendizaje que inviten a pensar y ayuden a mantener la concentración, la atención y la emoción para avivar la curiosidad y la conciencia crítica. El conocimiento se nos ha presentado como un bloque rígido y objetivo, pero la experiencia de aprendizaje es plural y diversa; por ende, el conocimiento es dinámico y está en continua construcción. Somos todas y todos quienes aportamos a este, por lo que comienza siendo subjetivo, como trozos de verdad, pero para conocer otras subjetividades es necesario la escucha, que convierte al conocimiento en una red abierta, colectiva, múltiple y reflexiva.

Para que la información se convierta en conocimiento, se requiere que pase por la emoción (pasión y afección) y nos conectemos desde la experiencia, puesto que es más factible no olvidar aquello que se sintió/vivió. Con el fin de que esto no quede en la conmoción del momento, lo que sigue es reflexionar sobre acciones en nuestro entorno que contribuyan a la construcción de la verdad.

DENTRO DE MUSEOS

Por Juan Fernando Rodríguez París

La exposición “Huellas de desaparición” estuvo exhibida en los museos del Banco de la República durante algo más de siete meses. En ese lapso, me vi enfrentado a una gran responsabilidad: reconocer y comprender complejos entramados de hechos violentos sobre los que tendría que hablar con la mayor rigurosidad, respeto y sensibilidad posibles. La exhaustividad y la precisión de las investigaciones, así como la sofisticada elaboración conceptual, supusieron un enorme reto para mi labor de mediador en la exposición, pero también una gran oportunidad. Tanto visitantes como yo nos encontramos entonces en medio de un gran foro; el interés público por la exposición significó para mí, y para muchas de las personas que asistieron, la posibilidad de encontrarnos, escucharnos, confrontarnos, conmovernos y reconocernos.

El reconocimiento es, además, uno de los cuatro grandes objetivos de la Comisión de la Verdad, y constituyó una experiencia transversal vivida casi en cada una de las palabras que compartimos durante las visitas a la exposición. Reconocer significó que la memoria sobre los hechos, así como sus implicaciones, atraviesa la sensibilidad de nuestro presente, nos interpela, nos sacude, nos empuja a decir y actuar. Nos hace sujetos históricos, recipientes de la memoria colectiva que se opone al silencio, la impunidad y el olvido. Reconocernos junto al público como presencias humanas en medio de un espacio en el que reconocemos a su vez las dimensiones y consecuencias de distintos hechos atroces que han mancillado la sociedad de la que formamos parte implicó, entonces, vincularnos con esas historias y esos márgenes de nuestra sociedad que están latentes en nuestra cotidianidad, pero que en muchas ocasiones silenciamos o normalizamos.

Mi experiencia fue, pues, reconocer. Reconocer las geografías humanas que poblaron las salas de exhibición con sus presencias físicas o sus relatos pregrabados; reconocer las geografías en diálogo: geografías migrantes, geografías ignotas, geografías extranjeras; reconocer la potencia de la memoria como resistencia e insumo para el esclarecimiento de lo sucedido, para el anhelado alivio de la verdad; reconocer la dignidad oscurecida por décadas de indiferencia; reconocer mi voz ante estos hechos y ante quienes ahora nos acercamos a comprender y solidarizarnos con quienes han padecido distintas violencias.



Todavía falta mucho por hacer, puesto que el legado de la Comisión de la Verdad hasta ahora empieza. Sin embargo, aquello que reconocemos pocas veces logra escapar de nuestra memoria. Ahora, más que nunca, somos memoria viva.

"HUELLAS DE DESAPARICIÓN". ATIZAR LA VIDA PARA RESISTIR

Por Érika Chacón

Si pudiera comenzar este breve texto tarareando una corta sonata, lo haría, y es que siento que las palabras se quedan cortas para expresar lo que este pequeño espacio me hizo vivir. Hay tantos sentires, tantos afectos y tantos recuerdos que, aunque las letras unas con otras conformen palabras bellamente estruendosas, hay sentipensares que las palabras no alcanzan a abrazar; sin embargo, haré lo posible para que mientras usted me lea, pueda encontrar en este lenguaje el vibrar humano que me recorrió a lo largo de estos meses.

Muchos sentires y afectos son los que "Huellas de desaparición" dio a luz durante este tiempo, pero especialmente el dolor, que atravesó a la mayoría de las personas que con memorias cercanas o lejanas al conflicto se conectaron a ese mismo espacio-tiempo. Por tal motivo, al finalizar algunas de las mediaciones –y con esta última palabra me refiero a conversaciones nutridas por el público que visitó la exposición– les pedía que se detuvieran un momento para que se miraran entre ellas; se detuvieran en un mundo que no para de girar, en un territorio donde el conflicto no para de sonar y en unos cuerpos que no paran de sentir y pensar.

Al mirarnos entre nosotras(os), notábamos que el dolor no paraba de atravesarnos, reconocíamos que el sentimiento era colectivo, que sin saber el nombre, los gustos o los sueños de las personas que teníamos al lado, cada una(o) se sentía adolorido. El dolor nos recordó a los seres humanos que estábamos ahí sobre la planta de los pies, que nuestro territorio-cuerpo aún no había parado de vivir, y que la vida ha sido un acto de resistencia, pero que la mayor resistencia que hacíamos en ese momento era estar juntos(as).

Gracias a lo anterior, se tejió en mí un sentir que venía hilando hace tiempo, y es que la vida no se construye de manera individual, que el pasar del tiempo se mide por las memorias que tenemos, y ese gran tejido, ese gran tapiz que es nuestra vida, se vive mejor en colectivo, en red, en una juntanza azarosa que hace que la vida tenga mayor fuerza de ser, de reexistir y de amar.



Por otro lado, ya para finalizar, este espacio también trajo una lista de preguntas y pensares; sencillamente humanos, vulnerables y vivos. Una de las preguntas en mi lista es "¿cómo resistimos?". Tal vez la mayoría de nosotros nos hemos enfrentado a diversas situaciones que hemos tenido que soportar, pero ¿cómo lo hemos hecho?, ¿cómo lo has hecho?

A mí, esta exposición me permitió reconocer mi forma de resistir; resisto apapachando, tejiendo mi cuerpo al cuerpo de alguien más, reconociendo en ese territorio algo que es más que carne; son memorias, pensamientos, vivencias, y ahí, en ese pequeño espacio de cuerpos-colectivos, atizamos la vida, gritamos

con fuero interno “¡Viva la vida!”, y este sonido recorre y atraviesa los muros del alma y de la tierra.

(Momento para un pequeño suspiro)

Si le puedo pedir algo en este momento, es que sienta que hay una persona del otro lado de la pantalla que si pudiera estar ahí con usted lo abrazaría, y daría gracias porque aquel músculo que llamamos corazón se siga contrayendo, y su mente siga construyendo un universo de palabras, imágenes y sentimientos.

En el lugar del mundo en el que esté, recuerde que aunque las balas suenan duro, la vida siempre se abre paso.

Adjunto este enlace con una memoria del cierre de un ejercicio de mediación https://www.youtube.com/watch?v=mWAFjGA3i_Y.

SOBRE LA MEMORIA Y LOS RASTROS

Por Valeria Montoya Giraldo

Aquello que deja de estar en el horizonte, a la vista o en un lugar, es aquello que deja de existir, es aquello que desaparece o es desaparecido, y aun así muchas veces se puede reconstruir y materializar a través de la memoria y los rastros.

La exposición “Huellas de desaparición. Los casos de Urabá, Palacio de Justicia y territorio Nukak” fue el resultado de la investigación que se hizo entre la Comisión de la Verdad y Forensic Architecture, que buscó visibilizar, reconstruir y esclarecer aquello que se ocultó por mucho tiempo; por medio de elementos gráficos, videos, atmósferas, pruebas y la información presentada, se expuso lo crucial y lo evidente para invitar al público a ver y habitar aquello que durante mucho tiempo se ocultó y manipuló, por cuidar los intereses de algunas personas y organizaciones. Se buscó, entonces, que la verdad se expusiera a través de un ejercicio de investigación y esclarecimiento.

“Huellas de desaparición” se presentó como un gran entramado y se sintió como una enorme responsabilidad, un espacio lleno de información organizada, codificada y compleja que sobrepasó, impactó y cuestionó al espectador en diferentes niveles emocionales y escalas humanas en términos espaciales. Siempre que estaba con un grupo los iba adentrando poco a poco en el contexto de conflicto armado con algunas preguntas, ejemplos o frases que me permitían ir llevándolos a un terreno sensible. Pienso en la mediación como un viaje, y en este caso específico, en compañía de los visitantes, viajamos a través de la información en busca de respuestas, pero por lo general solíamos encontrarnos con más dudas. Siempre fue clave poder hallar puntos de anclaje o de certezas gracias a las mesas de evidencias, que de cierta manera se convirtieron para mí

en herramientas importantes para poder hablar, enunciar y mostrar los matices de los casos en relación con la violación de derechos humanos y medioambientales, donde aparecían personas y organismos responsables de los hechos de violencia sucedidos en el Guaviare y en el territorio nukak en Nueva Colonia (Urabá antioqueño) y en el Palacio de Justicia en Bogotá.



Lo que se teje, se entrelaza y se tensa

Las palabras se acumularon, los relatos se entrelazaron y los diálogos se hicieron cada vez más fuertes. Podía ver cómo en los rostros de las personas se manifestaban la tristeza, la frustración, la incertidumbre y, en algunos casos, la impotencia y la rabia. Cuando aparecían sus preguntas, muchas veces me quedaba corta con las respuestas, pues partiendo de la naturaleza de la exposición era muy importante presumir y entender que estábamos entrando y saliendo todo el tiempo de cajas negras, espacios donde la aparición de evidencias convivió con su borrado o su manipulación. Los cuerpos de las personas visitantes eran interpelados/atravesados por contrastes, donde algunas

veces el nivel de información los sobrepasaba y en otras ocasiones la falta de esta los dejaba a la deriva. En medio de los recorridos, los vínculos entre los participantes y la exposición empezaban a comportarse como un tejido donde diferentes tipos de emociones, como la tristeza, el sobrecogimiento y la desesperanza, se intercambiaron y nos interpelaron en el desarrollo de la mediación.

La mediación se comportó también como un tejido de memorias, de información y de evidencias fragmentadas que, al hilarse entre tensiones, enseñaron un paisaje de violencia sistemática ocultada por décadas, como lo que se materializaba en el gráfico del caso “La selva detectada”, donde la zona oscura del mapa del Guaviare representaba un espacio en el que no se había podido obtener información. Esa carencia de información, esa ausencia, se transformaba para darnos a entender que la falta de información también era información y nos señalaba otros umbrales que detonaron en preguntas sobre la no existencia de dicha información.

Desde el principio, planteaba más preguntas que respuestas, y los hilos que unían la membrana parecían muchas veces escasos; sin embargo, en el transcurso del recorrido fueron apareciendo nuevas fibras y nuevos materiales. Muchas veces la mediación en tensión con la investigación fue un tejido inconcluso, enredado, oscuro y roto, donde los acercamientos a algunos panoramas de verdad revelaron la ausencia de información y manipulación de la evidencia encontrada; en estos nudos fue donde la mediación, en conjunto con las personas y la investigación, requirió acciones, análisis e interpretaciones para desenredar el panorama, aclarar la información y tener un tejido manejable.

En muchas oportunidades, el resultado de estos ejercicios de desenmarañar y organizar ocasionó que el tejido se llenara de vez en cuando de parches, de remiendos, y los recorridos en “Huellas de desaparición” fueron tejidos cambiantes y crecientes, que desde lo inconcluso buscaron otras voces, miradas y pensamientos para completarse. La exposición se tejó con la palabra y el

diálogo desde la mediación. Los diálogos se presentaron como membranas, membranas permeables, membranas en las que se abrían poros, poros atravesados por historias, posiciones políticas, opiniones, memorias, emociones, sensaciones. La mediación puede ser una herramienta para acompañar a las personas en medio de una acción análoga a la de tejer, en la que el resultado es un diálogo que genera reflexiones e interpela a quienes escuchan.

No puedo contar con certeza cuántas veces me tembló la voz ni en cuantas ocasiones tuve que respirar y contenerme para no llorar cuando entraba a hablar sobre las masacres, la desaparición forzada, el despojo, el desplazamiento y los crímenes de lesa humanidad. Las estrategias de mediación fueron claves para comprender las dinámicas extendidas del conflicto armado, donde todo se conecta, donde todo es un entramado, un tejido, una historia que se construye desde el dolor. Tal es el caso de “Despojo y memoria de la tierra”, proyecto que nos acerca a la violencia que implica el acaparamiento de tierras en el Urabá antioqueño, un espacio que históricamente ha sido violentado, donde una dinámica alimenta la otra, y se nutre y acrecienta la violencia.

Por ejemplo, después de revisar el informe de la Dirección de Impuestos y Aduanas Nacionales (DIAN) sobre el genocidio en las fincas Honduras y La Negra, y después de ver los mapas de cartografía que allí aparecían, en los que se mostraban los sitios de las masacres, pasábamos a ver las fotografías satelitales del final de la mesa de evidencia. Realizaba un ejercicio de búsqueda y comparación de las imágenes con las personas para encontrar las diferencias entre las fotografías de archivo de 1999 y las del 2021 de las fincas Honduras y La Negra, a través del cual el público podía darse cuenta de lo clave que era para los responsables del hecho violento el borrado de la evidencia al desaparecer las fincas y los espacios donde sucedieron las masacres.



Y es que borrar el lugar donde acontece lo anterior tiene toda una intención estratégica y de poder, ya que esto significa negar que la masacre alguna vez sucedió, así como también negarles a las víctimas un lugar de duelo y de búsqueda de información, logrando así una situación de despojo territorial y de despojo de memoria, entendiendo que los espacios, además, fueron remplazados por cultivos de banano, lo cual representa uno de los múltiples retratos del conflicto armado, donde los intereses particulares de unos pocos prevalecen por encima de la vida y la dignidad de las personas afectadas.

Cuerpos sensibles

En cada recorrido realizado, la información, los diálogos, las vivencias y las memorias se adentraban cada vez más fuerte dentro de mí. Muchas veces me sentí disminuida en medio de la inmensidad de la información y la falta de ella, pues la cabeza y el corazón no tenían tanto espacio de almacenamiento para esas verdades dolorosas y aun así el ejercicio casi a diario, durante siete meses, fue siempre el mismo: acercarse a las pruebas, navegar, leer, releer, sorprenderse, tratar de retener, quedar anonadada, respirar, leer nuevamente, profundizar, esclarecer, sentir cómo se oprimía el pecho, contenerse, dialogar, sensibilizarse, estremecerse, llorar y buscar cómo compartir lo encontrado desde un lugar de cuidado para poder generar experiencias significativas con los visitantes.

La curiosidad y mi propio deseo de esclarecimiento me hicieron ir cada vez más lejos en la lectura de los documentos de los libros de evidencia. Con el pasar de los recorridos la exigencia subía, puesto que en cada recorrido se aprendía algo nuevo, algo que se compartía con el siguiente grupo que llegara; esto solo significaba una cosa, y era que el siguiente recorrido iba a ser un tejido más largo y amplio. Los cuerpos de las personas se disponían a la escucha en sala: de pie, amontonados y curiosos, caso tras caso sus cuerpos se ponían a prueba, avanzando lentamente junto a personas desconocidas por las salas, mientras en conjunto abarcaban evidencias y reflexiones.

En el caso de “Las cajas negras de la desaparición forzada”, era crucial leer los documentos militares para entender el contexto, las lógicas y las decisiones militares que se desplegaron en medio de la logística de desaparición forzada; así mismo, en los recorridos fue importante leer los testimonios de las personas que salieron con vida del Palacio de Justicia o los testimonios de familiares de personas desaparecidas, ya que el ejercicio de leer los testimonios nos acercaba a un lugar sensible y de extremo cuidado, donde aquellas voces que relataban lo que vieron y lo que llegaron a conocer sobre lo sucedido resonaron en los cuerpos, mentes y corazones de quienes llegaron a la exposición como visitantes. De esta manera, se logró hacer un reconocimiento de los crímenes sucedidos en medio de la toma y la retoma del Palacio de Justicia.

Generalmente, este era el último caso que se abarcaba en la exposición. Por más cansancio acumulado en mi cuerpo y los cuerpos oyentes, siempre fue crucial abrir un espacio para hablar de la desaparición forzada, darnos cuenta de que este es uno de los crímenes de lesa humanidad más complejos, un crimen que comienza con la desaparición forzada de una persona y está compuesto por muchos otros crímenes, donde lo que desaparece principalmente es el cuerpo y donde la aparición del cuerpo o de un rastro de este es la principal prueba que corrobora que el crimen se dejó de perpetuar. Les contaba a las personas que este crimen extendido en el tiempo es un crimen que va fracturando todos los entornos habitados por la persona desaparecida y que en estos casos es

importante hablar de la familia, ya que esta va a tener que sacar fuerzas de donde no las hay para realizar sus búsquedas, para encontrar una verdad, para saber lo que pasó, para hallar a su ser querido, y que así ese dolor extendido pueda tener un duelo, porque la desaparición forzada como crimen tiene una naturaleza, en la que el duelo no es permitido, el dolor se extiende y lo que se encarna es una incertidumbre constante.

Los objetos de las personas que fueron desaparecidas, los testimonios, las evidencias y los archivos audiovisuales comienzan a ser contenedores de memoria, que guardan el último rastro de vida; son las pruebas que, tejidas entre ellas, permiten un acercamiento hacia la verdad.

Siempre enfatice en que, más allá de las gráficas, las infografías, la evidencia, las estadísticas, debíamos recordar que hablamos de personas, familias, vidas, cuerpos humanos, afectados multidimensionalmente por estas situaciones de conflicto armado. En el contexto del conflicto, el cuerpo se convierte en un recipiente obligado a acumular violencias, un recipiente que se desborda, se fractura y se rompe, lo que hace que su contención sea imposible.

En la exposición, las personas acompañantes de la mediación fueron también cuerpos que en algunos momentos se desbordaron y fueron capaces de inundar otros cuerpos con sus emociones y pensamientos: los cuerpos de quienes escuchaban, intercambiaban ideas y dejaban conocimiento nuevo. Debido a esto, para cerrar el diálogo después de los tres casos abordados, invitaba a las personas a respirar, procesar, soltar y hacer dos cosas cuando se fueran del espacio. La primera era que, cuando llegaran a sus hogares, sus trabajos o sus lugares de afecto, y se encontraran con alguien a quien querían, lo abrazaran y agradecieran por tenerlo en su vida, porque lamentablemente en Colombia es un privilegio estar vivos, cuando esto debería ser un derecho. En esa medida, toda oportunidad en la que se pueda compartir o brindar un abrazo se convierte en una oportunidad para apreciar la vida. La segunda era que respondieran las siguientes preguntas: ¿a quién puedo invitar a la exposición? ¿Qué puedo hacer

con la información recibida? ¿Cómo, desde el lugar en que habito, puedo hacer algo para que las acciones violentas no se repitan?

Las personas que acompañaron las mediaciones y los recorridos fueron interpeladas por un mar extenso de información, donde a través de la mediación iban saliendo a flote ideas, claridades, cuestionamientos y emociones que se anudaron y se fueron tejiendo en medio del caminar, la escucha y la participación. En desarrollo de las mediaciones y los recorridos se hizo un ejercicio de esclarecimiento de la verdad, donde el público llevó a cabo una investigación que le permitió navegar a través de los tres casos, realizando una búsqueda de información para entender cómo, dónde y por qué ocurrieron los hechos de violencia, revisando así las estaciones en sala que permitieron abrir la mirada a las evidencias para, a través de ellas, formar un criterio de verdad sobre cada uno de los casos.

Fueron presencias que aportaron y recibieron información, y que fortalecieron la exposición mediante la invitación extendida desde la mediación para que llevaran a cabo ejercicios individuales y colectivos de cuestionar y revisar lo recibido, con el fin de que hallaran sus propias certezas y el esclarecimiento desde la experiencia vivida en sala. Los diálogos sensibles y dinámicos fueron apropiados para hacer un llamado y un señalamiento sobre el peso del conflicto en la vida diaria, en nuestros contextos y en nuestros cuerpos, entendiendo lo que hay alrededor de él y la importancia de la búsqueda de la verdad en sus diferentes matices y alcances.

En “Huellas de desaparición”, los relatos se enunciaron desde el rastro, la ausencia y el esclarecimiento; en los recorridos, las cajas oscuras finalmente adquirieron luz, gracias al ejercicio de recorrer, indagar y dialogar.

ESCRIBIR PARA DIGERIR: UNA BREVE REFLEXIÓN SOBRE PARTICIPACIÓN EN PROCESOS EDUCATIVOS DENTRO DE MUSEOS

Por David Andrés Jiménez Cabuya

Una mala digestión

Empiezo esta reflexión con una confesión: escribo este texto porque tengo un malestar atorado en el pensamiento.

Sí, atorado, como si fuera un trozo de comida entre el paladar y el estómago. Un malestar que presentía cuando trabajaba en la exposición “Huellas de desaparición. Los casos de Urabá, Palacio de Justicia y territorio nukak”. Un malestar atorado como una vianda que se fue por el camino viejo en cuanto lo percibía en “Polifonías” –propuesta pedagógica para esta exposición–. Un malestar atorado por ser un bocado apenas masticado que confirmaba cada vez que revisaba las intervenciones que se hacían en “Polifonías”.

El malestar al que me estoy refiriendo se encontraba en ciertas intervenciones por parte de algunos visitantes que nada tenían que ver con la intencionalidad de estos espacios. Esta era una situación que me causaba malestar, ya que yo no consideraba razonable que dichas intervenciones no tuvieran en cuenta las investigaciones base de la exposición.

A veces tenía la impresión de que yo olvidaba la cantidad de gente que iba varias veces a visitar esta exposición, o que no recordaba las pequeñas multitudes que se formaban alrededor de nuestras palabras. ¿Acaso había borrado de mi

memoria los recuerdos de cuando la gente me acompañaba en el llanto producido por las atrocidades que narraba? ¿Acaso he olvidado que los museos son espacios polisémicos, de confrontación y de procesos por realizar?

No. Claro que no he olvidado todo esto. Lo que ocurre es que, al haber estado comprometido emocionalmente con este espacio, se me hace difícil que estas intervenciones fueran un obstáculo para la experiencia. Es difícil entender cómo las dolorosas experiencias relatadas en “Huellas de desaparición” pudieron pasar de largo en algunas de las personas que visitan la exposición. Sin efecto y sin ningún afecto.

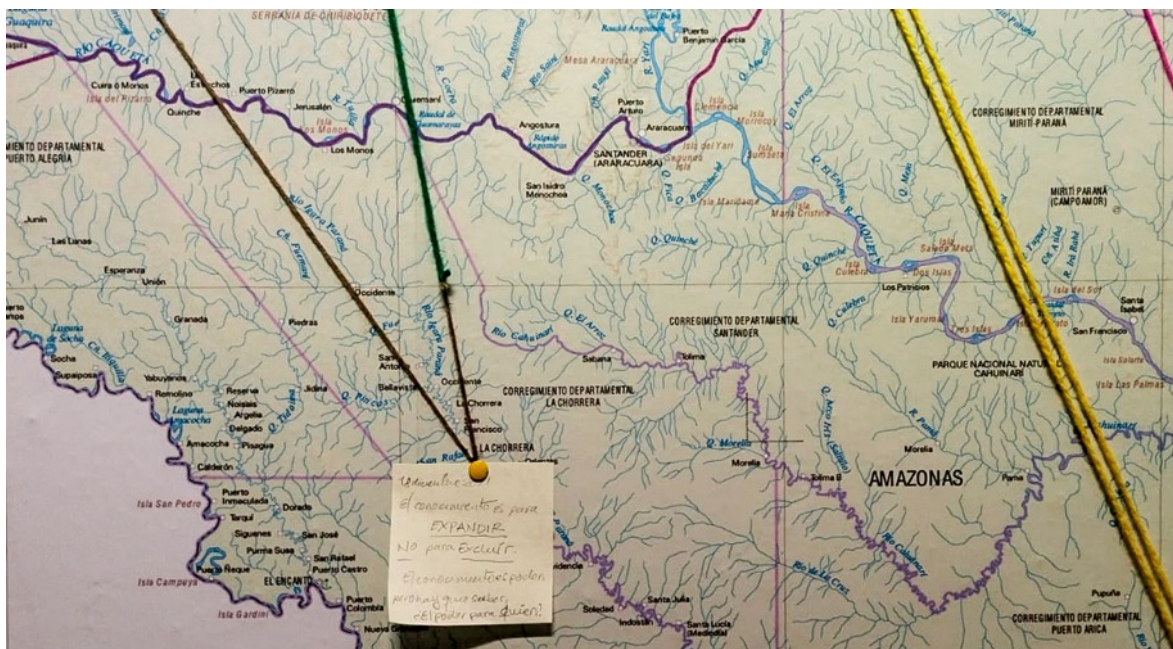
Sin embargo, pensándolo un poco mejor, considero que es en este último pensamiento donde radica el problema. Quiero decir que el dilema no está en las intervenciones desvinculadas de la exposición, sino en la incompreensión por mi parte de por qué ocurrían este tipo de intervenciones. Si lo pensamos desde esta perspectiva, los mensajes y dibujos desligados de la exposición son indicios de algo más grande.

Por esta razón, pienso que es importante entender mi malestar de una manera mucho más amplia. Es necesario quitar la valoración de “malo” de la experiencia y comprender este fenómeno en el marco de mi labor como educador en museos. Y más allá de esto, considero necesario entender esta situación desde una posición de apertura y curiosidad para tratar de comprender todo lo que ocurre en un museo.

Masticar mejor para una mejor digestión

Se me ocurre que para digerir mejor mi malestar hay que interpretar la situación a partir de la fragmentación de la experiencia en partes más pequeñas. Por eso contendré el problema en mi boca y usaré los dientes que la escritura me ha dado

para partir y saborear de un modo diferente la situación. Masticar para romper en pequeñas partes y hacer de esta experiencia algo que pueda ser comible.



Pensando en esta *escriturada trituración*, quiero dejar de lado el lenguaje personal de la introducción y, por medio de un estilo un poco más sobrio, contextualizarlos con respecto a lo que fueron “Huellas de desaparición” y “Polifonías”. Después continuaré con la reflexión sobre las intervenciones que se alejan de la intención del espacio pedagógico y de la exposición. Al final, remataré este escrito con una breve conclusión que dará cierre a la experiencia con la exposición y todos sus fenómenos.

Dónde se mastica

“Huellas de desaparición. Los casos de Urabá, Palacio de Justicia y territorio nukak” fue una exposición inaugurada el 10 de diciembre de 2021, Día Internacional de los Derechos Humanos. Esta fue una muestra trabajada por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición,

la agencia Forensic Architecture y la Unidad de Artes y Otras Colecciones (UAOC) de los museos del Banco de la República.

En esta propuesta expositiva se contemplaron tres casos, dirigidos e investigados por la Comisión de la Verdad y Forensic Architecture, en los que se abordaban el desplazamiento forzado del pueblo nukak en el Guaviare colombiano, el despojo de tierras campesinas en el Urabá antioqueño y la desaparición forzada de civiles en la retoma del Palacio de Justicia en 1985, realizada por el Ejército colombiano. Aquí los visitantes podían recorrer una serie de infografías, maquetas y reconstrucciones audiovisuales que desglosaban la información de cada caso.

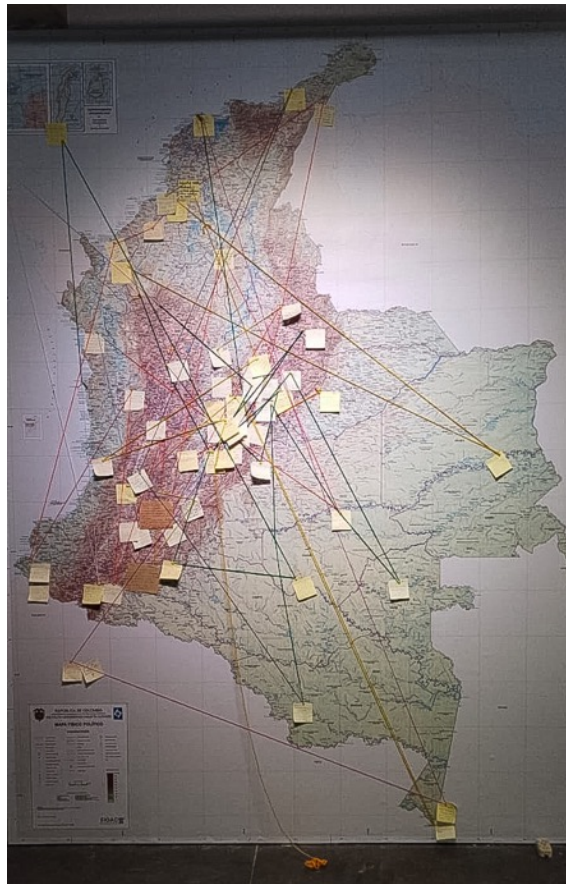
En este punto, el equipo de los Museos de Arte del Banco de la República, junto a la Comisión de la Verdad y Forensic Architecture, desarrolló una propuesta museográfica, curatorial y educativa para trabajar por un adecuado tratamiento de la información y una efectiva divulgación dentro del museo. Y en el marco de la propuesta educativa nace “Polifonías”, el cual fue el planteamiento pedagógico diseñado y aplicado por el equipo de mediación y coordinación de la Sección de Servicios al Público y Educativos (SSPE).

Este fue un espacio que tuvo una primera versión en la sala El Parqueadero – primer piso de las salas temporales del Museo de Arte Miguel Urrutia (MAMU)– y una segunda versión en el vestíbulo del segundo piso¹. Esta primera versión del espacio estaba conformada por cinco estaciones:

- Un mapa de Colombia donde las personas podían ubicar los lugares de los casos estudiados e intervenir con diferentes reflexiones.

¹ Este cambio se produjo porque la sala El Parqueadero tiene una programación externa al museo y hace que esté sujeta a tiempos muy cortos de uso por parte del MAMU. La exposición que remplazó el espacio educativo fue el XI Premio Luis Caballero.

- Una pequeña biblioteca con material bibliográfico de los temas de la exposición.
- Un mural verde donde las personas podían intervenir.
- Un espacio llamado “Círculo de la palabra”, en el cual se reunía la gente para discutir sobre la exposición e interactuar con una línea de tiempo en la pared.
- Una mesa llamada “La mesa de los compromisos”, en la que las personas podían escribir un mensaje y, preferiblemente, dejar un compromiso aplicable en la cotidianidad de quien escribe.



Además de estas estaciones, “Polifonías” siempre estaba acompañado de tres mediadores: Viviana, John y Jefferson. Este pequeño equipo estaba destinado exclusivamente para este espacio y se encargaba de acompañar a la gente que entraba a la exposición o salía de la muestra. Esto era fundamental dentro de la

propuesta educativa, ya que esta exclusividad permitía elaborar procesos más profundos y significativos con el público visitante.

Después de este primer momento, en la segunda versión de este espacio pedagógico se retomaron tres de las cinco estaciones: “El mural” –que pasó a ser un tablero–, el “Círculo de la palabra” y “La mesa de los compromisos”. En esta versión, los mediadores destinados exclusivamente para el espacio siguieron solo por un par de semanas más con el acompañamiento. El resto del equipo de mediación se encargó de activar el espacio, dependiendo de su disponibilidad o conveniencia en cada proceso con el público.

Igualmente, cabe mencionar que en la propuesta pedagógica se desarrollaron tres conceptos que nos permitieron abordar los casos de “Huellas de desaparición”: *territorio*, *resistencia* y *memoria*. Estos conceptos se dispusieron como ejes temáticos transversales a todos los casos, al considerarse elementos comunes en el análisis del despojo de tierras, el desplazamiento y la desaparición forzada. También se dispuso del espacio para aplicar los conceptos a un ejercicio práctico, a partir de la intervención de una pared y una mesa que contuvieran los conceptos o preguntas detonantes² que activaran el espacio de forma autónoma o con acompañamiento del equipo de mediación.

Finalmente, se dividió la reflexión de los conceptos en dos momentos: el primero se dio en la exploración del concepto de territorio en la primera versión del espacio, en tanto que el segundo se produjo en la exploración de resistencia y memoria en la segunda versión de la propuesta pedagógica. Mi implicación con “Polifonías” se dio de manera mucho más constante en los conceptos desarrollados en la segunda versión de este espacio. Por esa razón, solo hablaré de mi experiencia en la segunda versión.

² Esta es una pregunta que pretende invitar a las personas a que la respondan en el marco de una reflexión alrededor de los temas o ejes centrales de la exposición o de la propuesta pedagógica de un espacio museal.

Lo que hay que masticar

Después de reconstruir brevemente la exposición y su espacio pedagógico, es momento de abordar el problema con el que empecé este texto.

Cuando realizaba visitas guiadas en “Huellas de desaparición” y el público estaba dispuesto a acompañarme, invitaba a las personas a discutir e intervenir sobre la resistencia y la memoria en “La mesa de los compromisos”. Mientras estuviera acompañada —por cualquier educador o educadora de la sección—, la participación de las personas era coherente con los procesos llevados a cabo en la exposición. En las reflexiones y compromisos se tomaba en cuenta lo narrado en el proceso de mediación, lo mostrado en la sala y lo propuesto en el espacio pedagógico.

Ahora, si bien esto ocurría todas las veces que había acompañamiento, cabe recordar que la intervención en el espacio también comprendía una participación autónoma e independiente del acompañamiento. Es en esta forma de participación donde varias mediadoras y mediadores reconocían que se producían las intervenciones desvinculadas de la exposición, las cuales ocurrían principalmente cuando había visitas de colegios, universidades con estudiantes de primeros semestres y grupos familiares con menores de edad sin acompañamiento³.

Esto permitió reconocer que el público que hacía estas intervenciones desvinculadas tiene una serie de características en común:

- Era un público conformado por personas jóvenes (niñez, adolescencia y joven adultez).

³ Esto último ocurría cuando la mediadora o mediador estaba en recorrido, en descanso, realizando introducciones a la exposición —las cuales se consideraban como un componente imprescindible de la experiencia— y cuando se rechazaba o ignoraba el acompañamiento.

- Era un público que venía de contextos académicos o de esparcimiento familiar.
- *La prioridad de este público era el disfrute despreocupado de espacios fuera de los lugares y procesos de educación tradicional y formal.*



Estas características muchas veces se comprobaban cuando se conversaba con estos jóvenes. Muchos de ellos contaban cómo estaban en una salida pedagógica del colegio o de la universidad y que se sentían entusiasmados por realizar actividades fuera de esos entornos. También se escuchaba que a este público le resultaba más interesante explorar el espacio –por ser el museo una novedad o excepción en su cotidianidad⁴– que prestar atención a los procesos dentro de ellos. Lo mismo ocurría con algunas de las familias, las cuales tenían pocos espacios de esparcimiento con su núcleo familiar e intentaban aprovecharlos en actividades que pudieran ser divertidas o culturales⁵.

⁴ “Novedad” cuando no se había tenido experiencia en espacios museales y “excepción” cuando no era frecuente su visita.

⁵ Era frecuente encontrar esta distinción al conversar con las familias. Es un elemento que se debe revisar en un marco investigativo mucho más amplio.

Con estos testimonios, ya no debería extrañarnos la aparición de intervenciones con declaraciones de amor, fantasías de una guerra mundial o de personajes famosos de la vida social y cultural, que pueden percibirse como ajenas a la exposición y al espacio educativo. Este cambio de contexto, intereses particulares y diferenciación entre el entretenimiento y lo cultural fueron una de las razones por las que los jóvenes que visitaban “Huellas de desaparición” no participaron en el tablero o en “La mesa de los compromisos”, como se esperaba.

Yo propongo que hay dos causas por las que esto ocurre. La primera que se me ocurre, al revisar mi propia experiencia de juventud, es que el disfrute subjetivo de una actividad muchas veces se daba fuera de las expectativas de los adultos. Si mi prioridad personal era recorrer y jugar en el espacio o no tenía un interés por lo que se me estaba contando, no importaba si el espacio con una pila de papeles pequeños y un puñado de marcadores estaba destinado a hablar sobre conflicto armado –como sería este el caso–. Mi objetivo habría sido aprovechar esos materiales fuera de las instrucciones que se proponen e imponen... o también habría podido ignorar estos materiales y espacios por completo.

La segunda causa supera el umbral subjetivo de la persona. En mi práctica como educador en museos, he podido evidenciar que las propuestas pedagógicas tienen una baja o nula recepción por parte de las niñas, niños, adolescentes y jóvenes adultos cuando:

- Los procesos en los que participan se perciben como de carácter obligatorio.
- Los procesos están desvinculados de los intereses personales y colectivos de estos jóvenes.
- Los procesos no responden a los entornos y experiencias inmediatas de las niñas, niños, adolescentes y jóvenes adultos.

Siguiendo la caracterización intuitiva de este público, pienso que la participación desconectada de algunos jóvenes en “Polifonías” no era necesariamente porque se banalizara la exposición o su contenido, aunque podía darse el caso. Estas intervenciones desvinculadas parecían tener una mayor relación con la idea de que estos jóvenes estaban rompiendo con la cotidianidad de sus respectivos contextos, pero también parecían estar vinculadas más a la idea de disfrute de una experiencia diferente y de que las propuestas pedagógicas –en su versión autónoma o independiente del acompañamiento educativo– podían tener una cierta distancia con los intereses, entornos y experiencias de los jóvenes que nos visitaban⁶.

Pasar lo atorado para poder alimentarse

Después de esta caracterización, me parece difícil sostener la molestia por las intervenciones que se desvinculaban de “Huellas de desaparición”. Entendí un poco mejor lo que estaba sucediendo y no veo como algo malo en sí mismo que se produzcan este tipo de fenómenos en el museo. Son indicios. Y lo más importante: son indicios que nos permiten comprender mejor lo que ocurrió en la exposición y lo que ocurrirá dentro del museo.

Ahora este texto, que nació como una forma de “desatorarme” del malestar que me generaban las intervenciones desvinculadas de la exposición “Huellas de desaparición”, terminó por llevarme a entender un poco mejor por qué ocurrían

⁶ Cabe aclarar que no solo la edad de estas personas condiciona las experiencias, relaciones y reflexiones alrededor del conflicto armado colombiano, sino también el hecho de que la gran mayoría de nuestros jóvenes visitantes eran personas de Bogotá y de sus alrededores. Lo primero se hace evidente cuando, al hablar con ellos en las salas, se identificaba un mayor conocimiento del fenómeno del narcotráfico que sobre la lucha ideológica-política de mediados del siglo XX. Lo segundo se hace manifiesto cuando los jóvenes percibían la retoma del Palacio de Justicia en 1985 o las masacres en el Urabá en 1988 como eventos muy distantes en términos temporales, y los espacios de Urabá y Guaviare como espacios lejanos en términos de territorio y experiencia. Incluso el Palacio de Justicia es un lugar lejano dentro de la capital, no solo en términos territoriales —sobre todo si los jóvenes venían de localidades distantes del centro de Bogotá—, sino también porque no se tiene ningún tipo de vínculo con este edificio.

este tipo de participaciones. Es un texto que me permitió reconciliarme con lo sucedido y quitarle el sesgo negativo que yo tenía de ello, además de que me invitó a dejar de juzgar las intervenciones desvinculadas de este público joven por el hecho de que estas participaciones no atendieran a mi criterio de cómo debería experimentarse lo que se produce en un museo.

Si tenemos en cuenta que estos mensajes y dibujos eran formas en las que se rompía con la cotidianidad y una manera de disfrute ajena a las expectativas de los adultos –o a mis expectativas–, cualquier calificativo peyorativo es una forma injusta y poco empática de valorarlas. Y a esto debemos sumarle que si bien estas intervenciones son indicios de que nuestras propuestas pedagógicas están a cierta distancia del público que queremos abordar, sería una estrechez de miras y poco profesional descartar estas intervenciones y no tomarlas como vestigios que nos permitan afinar los procesos que realizamos con el público objetivo que nos visita.

Una mejor y feliz digestión

Retomando el lenguaje personal con el que empecé el texto, debo confesarles que esto último es una de las formas con las que he podido pasar ese pedazo de comida que me tenía tan maluco. Entre las conclusiones a las que llegué después de siete meses de exposición, esta era una de las más urgentes en el aspecto emocional; de esos siete meses, cuatro fueron para sentirme incómodo al ver estos mensajes e imágenes y, en un principio, haber hecho de “juez y verdugo” de muchas de estas intervenciones (que esto me valga un regaño). Pero también dos meses de exposición en los que me dediqué a buscar una explicación a mi incomodidad y a discutir con los integrantes del equipo lo que pasaba.

Fue solo hasta ese punto cuando las conversaciones sobre este tema con todo el equipo –en especial con Maira, Catalina, Érika, Liliana y David Guarnizo– tuvieron un efecto positivo y me invitaron a guardar todas las intervenciones, entendiéndolas a través de un escrito que me ayudara a tramitar todas las

emociones y experiencias encontradas. Esto quiero agradecerlo y dejarlo patente entre los mordiscos de esta reflexión.

Y con este agradecimiento quisiera cerrar este texto. Aún hay mucho que “desatorarse” y masticar sobre la experiencia en “Huellas de desaparición” y “Polifonías”⁷, pero espero haber compartido una intuición que sirva de punto de partida para nuevas y mejores consideraciones sobre las experiencias vividas en la exposición. En esta exposición y en cualquier proyecto que trabaje por el entendimiento del conflicto armado colombiano y que aporte a la no repetición de la barbarie que tanto ha desangrado a este país.



⁷ Por poner tres ejemplos enunciados en el texto, podemos encontrar la distinción entre entretenimiento y cultura, el estudio de la necesidad y la efectividad del acompañamiento en los procesos educativos dentro del museo, o la valoración de la responsabilidad de las instituciones y las familias en la evidente lejanía de algunos de los problemas sociales colombianos con la experiencia e intereses del público joven.

APELAR A LOS MÚLTIPLES SENTIDOS HUMANOS

Por Andrés David Mora Bonilla

La exposición de Huellas de Desaparición significó en mi experiencia cotidiana una fuerte confrontación, que desató un torrente de emociones que siempre desembocaron en el sin sabor de la impotencia. Día a día debía lidiar con estos sentimientos mientras intentaba hacer comprensible para el visitante las enmarañadas redes de actores y sucesos en Urabá, la frialdad y organización criminal propiciada en los hechos del palacio de justicia, o la violación de múltiples derechos humanos y ambientales en el territorio habitado por los Nukak.

El acercamiento a las particularidades de los casos y las constantes preguntas de los visitantes, hicieron que me diera cuenta de que realmente nunca había entendido nada. El conflicto nos permea, está presente en nuestra sociedad de diversas formas, nos toca desde diversos lugares, y siempre oímos algo de él. Pero en este momento fue diferente por una razón: La inmensa responsabilidad que sentí al intentar hacer pedagogía sobre algo que nunca viví, sobre experiencias de las cuales conocía una cantidad ínfima de relatos, y desde los privilegios que pudieron serme otorgados al nacer en la capital de esta república injusta y centralizada.

Al intentar sensibilizar, el sensibilizado fui yo; pues tras la constante interacción con personas de diversos lugares y diversas opiniones, la confrontación de los relatos y de los prejuicios que cada uno tenemos, y las voces que pude oír de las y los afectados, es que los atisbos de comprensión comenzaron a arribar a las nubes de mi mente. Sin embargo, hay algo que agradezco a todos aquellos quienes hicieron esta exposición posible: Las metodologías de análisis, la minería

de datos, el diseño de las piezas y la museografía tan específica y cargada de complejidad, que no se nutre de imágenes o insumos explícitos para generar tan necesario impacto. No, lo que vemos es que también los datos, las estadísticas, la aparente “frialdad” de este tipo de representaciones y reconstrucciones es capaz de hablar, y mucho.



El éxito de esta exposición, considero que está en apelar a los múltiples sentidos humanos, a esa rica complejidad de nuestro ser y a la fuerza de las emociones que al fin y al cabo son las únicas capaces de impulsar a obrar. En este punto, se hace tremendamente visible la necesidad de las emociones “negativas” para que no solo sea la mente racional aquella que se acerque a los hechos, sino la química cerebral de la confrontación tras el llanto, la impotencia o el deseo de cambio.

Considero que el verdadero poder de nuestra mente y nuestro cuerpo solo puede ser desatado después de una profunda empatía, que nos permita, tal como hace siglos lo pretendieron las imágenes barrocas, conmover para impulsar a obrar. Ante tamañas necesidades, es claramente importante el aporte que

desde la mediación pueda hacerse a este tipo de exhibiciones, pues con ella el alcance se multiplica exponencialmente, gracias al entendimiento que puede generar la confrontación de visiones y relatos o la escucha atenta. El cerebro se agota fácilmente ante tal densidad, por lo cual la compañía activa, el sufrimiento y la asimilación colectiva se vuelven reconfortantes y minimizan el mal sabor de boca. Todo lo anterior, me hace considerar la mediación, la itinerancia y la profundización, una tarea de relevancia ante los próximos años que espero puedan ser un verdadero posconflicto.



UN GRANO DE ARENA

Por Felipe Villamil



“Huellas de desaparición” fue una exposición que atrajo muchas personas de diferentes contextos y generaciones a las salas y que suscitó diferentes reacciones, algunos prefieren hacer el recorrido en silencio y otros llegan con ánimos de conversar, discutir y opinar. A lo largo de estos dos meses, esta exposición funcionó como una especie de portal o puente entre el público de la ciudad y otras realidades que a veces suelen ser abstractas y poco mencionadas en el contexto de ciudad. Esto permitió que el público pudiera dimensionar y

entendiera mejor esa idea abstracta que se tiene acerca de las dinámicas de las zonas rurales en Colombia y las comunidades que las habitan. Asimismo, una gran parte de los visitantes son personas jóvenes que, a pesar de no haber vivido de cerca algunos sucesos dolorosos del país, están interesadas en entender y hacer este ejercicio de memoria.

Durante los recorridos el público pasó por diferentes estados emocionales que a menudo iniciaba con desesperanza, rabia e impotencia, pero poco a poco esta energía se iba transformando a una necesidad de entender lo que sucede en el país para poder hacer algo al respecto. En varias de las conversaciones en sala era usual llegar a un punto en el que se piensan soluciones a problemas de grandes dimensiones, lo cual puede ser abrumador, pero al final de los recorridos los visitantes manifiestan su intención por aportar un grano de arena para construir esa paz tan anhelada.

DES-BORDES

Por Camilo Augusto Álvarez

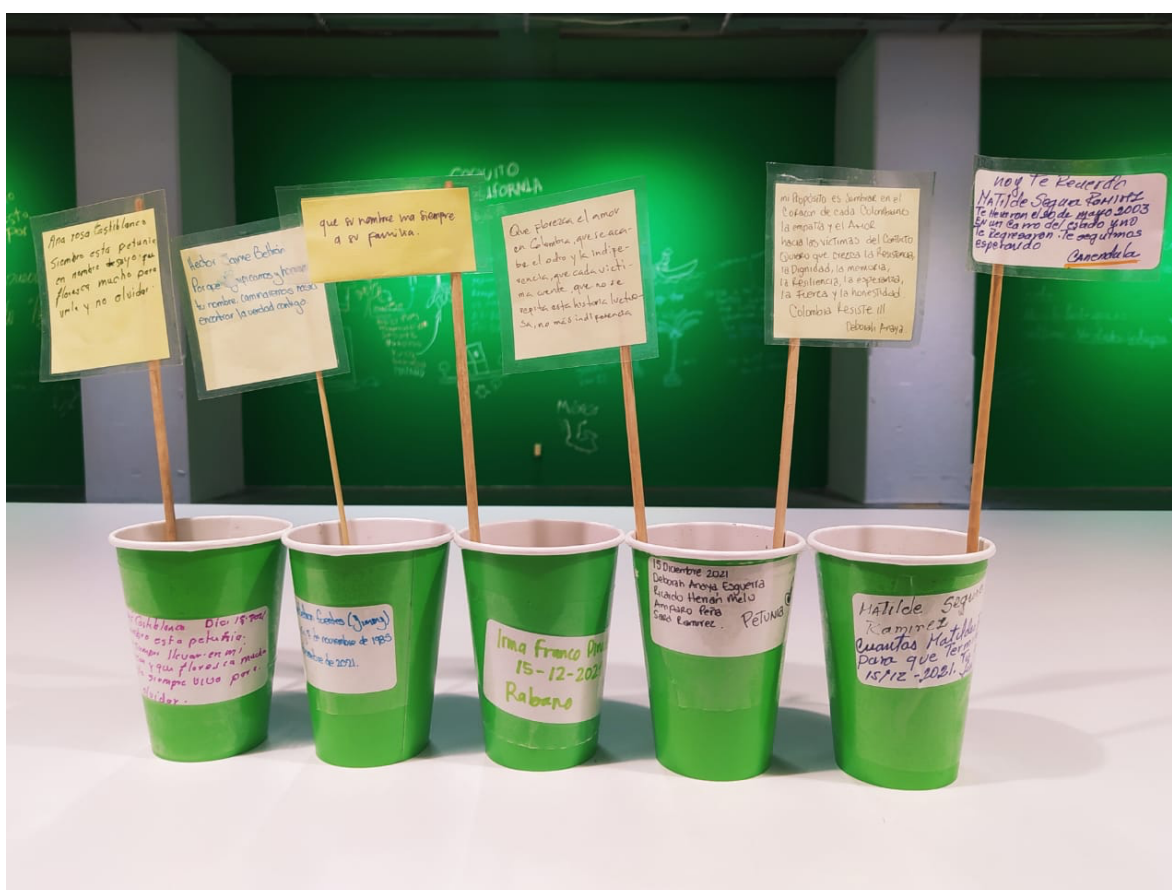
El espacio de Polifonías nace como una exploración pedagógica y educativa, en un proceso de apoyo a la exposición Huellas de desaparición, pero por su génesis y acciones se convertirá en un espacio de luz, un espacio de encuentro y acción.

En Polifonías confluye un lugar que desvirtúa el carácter de contemplación por parte del visitante y su entendimiento mediante el ejercicio autónomo o desde un ejercicio de escucha por parte de diferentes personas expertas o con conocimiento de lo que sucede en el espacio museal para establecer una estructura de encuentro, socialización, reflexión, indagación por la memoria desbordando los límites de un visitante pasivo, para establecer una relación entre el mediador y el público visitante, un espacio para la confrontación con lo que se observa en la exposición, una confrontación con la vida personal, con una historia de violencia, desaparición, muerte, desplazamiento que ha estado allí en diferentes momentos y en la cual la realidad de nuestro país muchas veces nos ha movido a naturalizar esa realidad que nos debería devastar, nos debería movilizar, nos debería generar mayor empatía, pero que hemos llegado al punto de pasar como lo hacemos en Instagram o twitter y es el deslizar y deslizar sin mayor análisis, sin mayor racionalización o empatía por lo que sucede a nuestro alrededor.

Polifonías te ubica en un espacio para conocer y conocerte, para reflexionar acerca del pasado, el compromiso con el presente y el futuro, diferentes medios como sembrar una semilla desde lo simbólico y lo real, un barco que navega con una frase, un papel con una palabra, una frase, que representa un pequeño pero a su vez gran paso para hacer algo desde lo micro, hacia la paz y las acciones que

podemos desarrollar a nuestro alrededor, una búsqueda para de alguna manera abrazar al otro desde la voz, la escritura y acciones físicas como crear un barco de papel, un espacio de encuentro y desencuentro con diversas miradas desde la raíz de los museos que son sus públicos.

Polifonías emergió en cada uno de nosotros con espacios abiertos para el diálogo en el que las víctimas dan a conocer sus relatos de vida, en el que conocemos de primera mano lo acontecido, en el que se siente el vacío en el pecho, en el que muchas veces las palabras no salían, en el que contrasta con los imaginarios para posarse no solo en nuestras mentes sino en nuestro corazón, ahora el paso más importante es que va a suceder con este espacio, que va a suceder con las personas que confluyeron por segundos, minutos y a veces hasta horas en el espacio, espero que la potencia desde este espacio no haya sido algo efímero y que aparezcan nuevamente este tipo de espacios educativos en nuestro Museo.



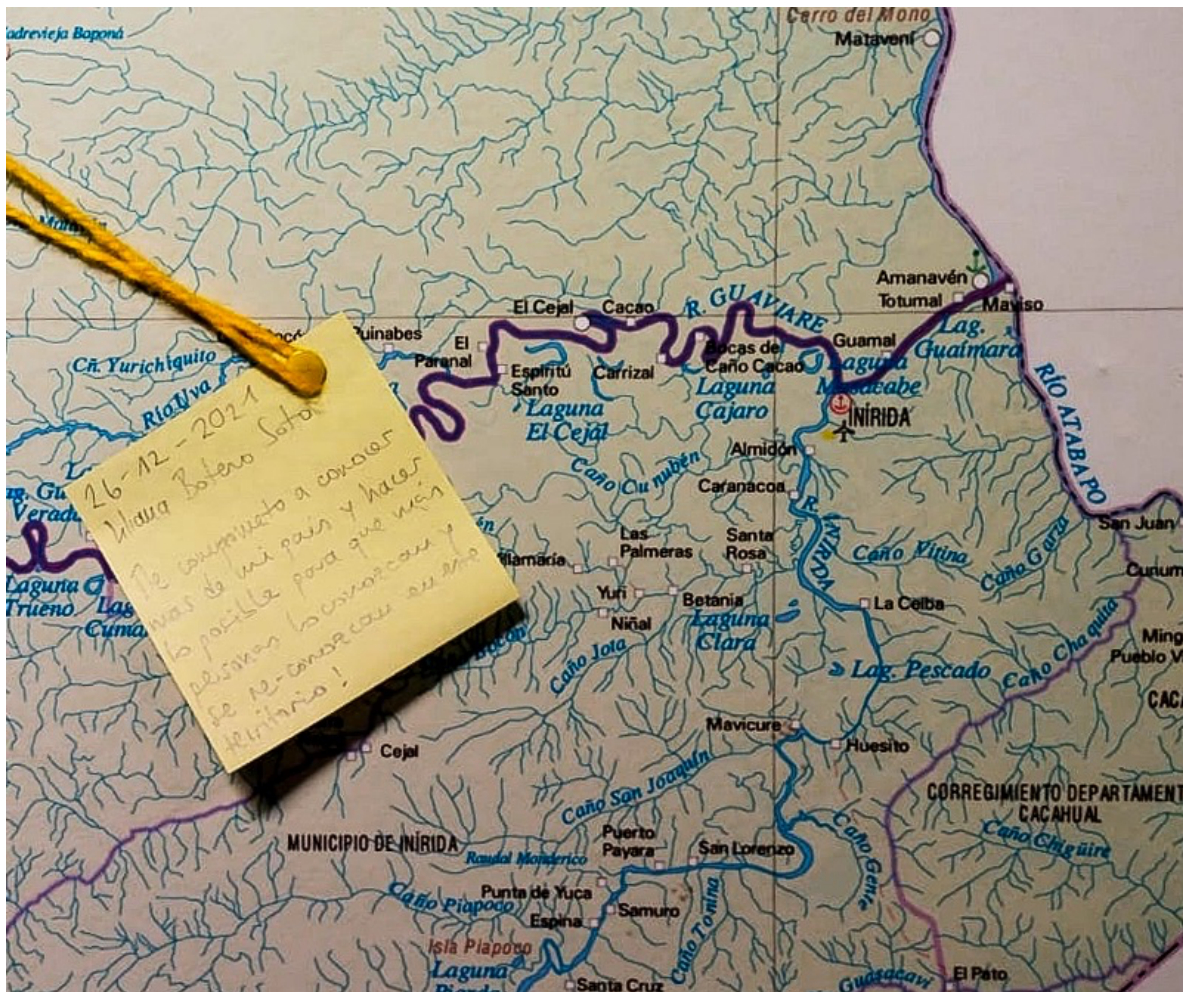
Ahora bien, desde la exposición de Huellas de desaparición, el espacio se convirtió en un punto vital para el conocimiento y reconocimiento de lo sucedido no solo en los tres casos que aborda la exposición, sirvió como punto de apertura para el cuestionamiento, la crítica, la pluralidad y la voz y el sentimiento personal que desencadenó de diferentes maneras en quienes nos visitaron, desde niños, jóvenes, adultos mayores, víctimas de este conflicto que nos ha permeado de diferentes maneras, se entrecruza la información con la voz de las víctimas a partir de obras de teatro, charlas de los grupos ubicados en los territorios y las diversas problemáticas, la entrega de objetos por parte de las víctimas de palacio, permitieron el acercamiento a una realidad que se ha naturalizado y se ha convertido en mera información o muchas veces en espectáculo, el escuchar a las víctimas de primera mano y que pasen de ser un número o un titular a mover nuestras fibras, a ser conscientes de una paz duradera, a permitirnos perdonar, escuchar y sentir con el otro no contra el otro.



TRANSFORMAR EL LENGUAJE

Por Martha Liliana Botero Soto

La exposición temporal “Huellas de desaparición. Los casos de Urabá, Palacio de Justicia y territorio Nukak”: un nombre largo al igual que lo complejo de su temática; ha sido para mí, una de las muestras más retadoras para el equipo de la Unidad de Artes (en todas sus áreas) como para el equipo de mediación.



Retos a todo nivel que a todos nos involucran todavía, retos que no pararon con la preparación del equipo de mediación que se preparó en momentos distintos, ni con terminar el montaje, ni con la apertura del espacio, ni con disponer de un espacio educativo denominado “Polifonías”, ni con la contratación de las personas que gestionarían ese espacio, ni con la definición del límite de aforo y el manejo de las medidas de bioseguridad... Retos que se asumen todos los días, en mayor medida enfrentados por el equipo de mediación y vigilancia, que con ahínco y determinación asumen recibir a los públicos de la mejor manera.

Valoro y reconozco profundamente la labor que realiza el equipo de mediación y que realizó el equipo de mediadores del espacio Polifonías, especialmente por su dedicación a estudiar más allá de las sesiones, por su esfuerzo al tratar de transmitir la información de la forma más correcta posible procurando no abrir más las heridas que se abren solas al acercarse a una exposición como esta o acompañando a los que se han derrumbado emocionalmente por los vínculos con sus propias historias, por su forma de transformar el lenguaje para que todos los públicos se puedan acercar de forma distinta aunque igual de fructífera para que el reconocimiento de una investigación realizada por otros, sea un punto de partida y de esperanza para la conformación de un futuro presente mejor sin desconocer hechos que sucedieron en el pasado.

UN ESPACIO CONFIDENTE

Por Viviana Marcela Rodríguez Amaya

Mi participación como mediadora en “Polifonías”, el espacio educativo de la exposición “Huellas de la desaparición”, fue una de las experiencias más sorprendentes que he tenido. Fue un espacio donde fui tocada con cada persona que lo recorrió, cada diálogo mantenido, cada historia, fue un encuentro con memorias y percepciones distintas del territorio, de cada rincón de este país, fue una apertura no solo a lo visible, sino aquello que está más allá, una apertura a los corazones de cada visitante.

El espacio se convirtió en confidente de estos corazones, un medio para contener esas crudas realidades que nos rodean, esos testimonios que trascendían la exposición. Las actividades que se planearon no fueron estáticas, se fueron transformando, no solo dependían de la edad o el origen de los visitantes, sino de la experiencia. Tratar de poner en palabras estas experiencias no es posible, pues es un recuerdo que atravesó el cuerpo. Además, dependían del mediador y el público, pero también de la exposición y las temáticas que eran desarrolladas. Fue un espacio que permitió poner un rayito de luz y esperanza en los visitantes de la exposición, de contener las emocionalidades que eran despertadas por la realidad. Esa realidad que preferimos muchas veces omitir.

Se dio el encuentro con niños y niñas, con quienes en medio de un origami o un dibujo en la pared se dialogaba, con población vulnerable, que siempre tenían una historia de calle, de vida cotidiana que compartir, con víctimas de distintos territorios, con distintas realidades, pero pertenecientes a un mismo país, a una misma sangre. Magistrados, artistas, investigadores, fueron solo una pequeña parte de quienes co-construyeron cada uno de los mensajes y de los espacios,

que los nutrieron y que trajeron una enseñanza a cada persona del equipo con quien se toparon. A veces, las historias eran tan impactantes que necesitábamos de los otros del grupo, de apoyo emocional, eso creo una complicidad y una unión de equipo. En este espacio, se trabajó con esa lógica, que nació sin palabras, que permaneció, que nos transformó.



"Recordar" es necesario, sembrar en las y los más pequeños que es la verdad y su importancia, esto lo permitía "Polifonías", además de una exploración de conceptos como territorio, perdón, memoria, reconciliación. Era un espacio, en el que iba más allá de escuchar las múltiples voces, era un espacio necesario, pero una vez más lo digo, no solo para el público sino para quienes tuvimos la oportunidad de mediarlo y acompañarlo.

UNA EXPERIENCIA MULTISENSORIAL

Por Jefferson Ramírez

Para mí fue bastante significativo hacer parte de Polifonías en el marco de la exposición Huellas de Desaparición. Sin duda me marcó, hubo un antes y un después de haber entrado a Polifonías porque el diálogo con los visitantes, fueran niños, niñas, adolescentes, adultos, personas de Colombia, extranjeras, e incluso también el mismo diálogo con personas víctimas del Conflicto Armado en Colombia, terminó para mí siendo bastante enriquecedor. Por medio del diálogo encontramos caminos en común, encontramos muchísimas cosas que nos podían unir, encontramos puntos de vista muy diversos que enriquecen.

Quise siempre priorizar la mediación multisensorial. Generalmente las personas se fijan en un gran porcentaje en lo visual y pues el mismo cerebro está tan acostumbrado a lo visual que incluso ignora estímulos sensoriales del entorno porque creen que no son relevantes; no obstante, los otros sentidos son claves para generar recordación: está comprobado científicamente que las experiencias se recuerdan mucho más con sentidos como el olfato y el tacto. Entonces, quise jugar con todos estos sentidos para que los visitantes de la exposición se llevaran una experiencia multisensorial y salieran del espacio de Polifonías con varias reflexiones que permitieran generar un actuar transformador; que ellos mismos pudiesen darse cuenta que por medio de actos cotidianos del día a día en su colegio, su universidad, hasta en su misma casa, podían aportar para generar un *¡Basta ya!* al Conflicto Armado. Podían aportar a la creación de memoria, al cuidado del territorio natural y el medio ambiente, y al respeto de los derechos humanos.

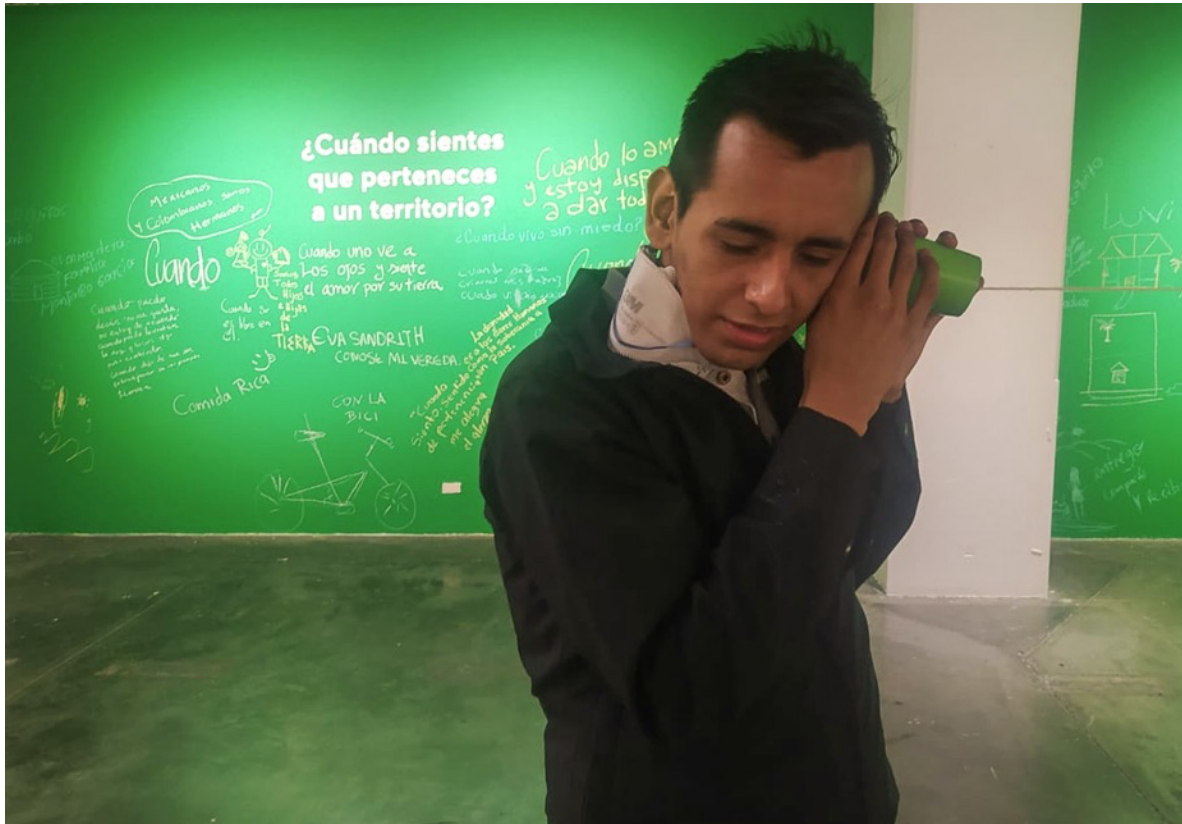


Más que aprendizaje, ese abrir los ojos y decir *"vea... esto no está tan alejado como parece, eso que se ve por allá a lo lejos que toca verlo desde un telescopio, no, puedo acercarlo y traerlo más a mi cotidianidad"*. Verlo con una lupa y enfocar realmente algo en lo que yo tengo incidencia: cómo estoy educando a mis hijos, cómo estoy dialogando con mis padres o cómo estoy resolviendo conflictos con mis vecinos; todo esto lo hicimos con experiencias multisensoriales. Por ejemplo, con un dispositivo de mediación que creamos en *Polifonías* mediante los instrumentos musicales llamados "palos de agua" preguntamos: *¿cómo evocar el río? ¿A qué te huele el río? ¿Cuál fue la última vez que estuviste en un río? ¿Cómo podrías cuidar de él? ¿Cómo te sientes identificado con tu tierra? ¿Para ti qué es la tierra?* Adicionalmente, generamos preguntas que usualmente estaban relacionadas con los diferentes sentidos, con el tocar o con el escuchar: *¿qué te dice esta canción? ¿Qué canción habla sobre memoria, sobre resistencia, sobre resiliencia? ¿Para ti qué es la dignidad? ¿Qué es el perdón?* Por medio de preguntas orientadoras íbamos generando diálogos realmente constructivos.

También es importante que en este ejercicio de mediación quise aplicar muchísimo la pregunta “¿a quién le estoy hablando?”, así como elementos de escucha activa. No es lo mismo hablarle de Conflicto Armado a alguien del ámbito académico que lleve toda su vida estudiando temas de historia colombiana, que hablarle de Conflicto Armado a un niño o a una niña de cuatro, seis años u once años quienes generalmente *no tienen acceso a esa información porque sus padres o acudientes dicen “¡uy no! conflicto, ¿cómo le hablo sobre este tema?”*. Yo considero que si se les puede hablar sobre este tema a los niños, y se les puede mencionar qué es una memoria y cómo construir una memoria colectiva. No obstante, hay que crear las estrategias pedagógicas específicas para este tipo de público y allí, en Polifonías, estoy orgulloso y estoy seguro que lo pudimos hacer.

Por ejemplo, con técnicas de origami empezamos a crear dispositivos de mediación como *el barco de la memoria, el avión de la memoria* y diferentes objetos en origami, donde los niños iban creando por medio del papel diferentes elementos en los que podían escribir ¿Cómo puedo yo aportar para perdonar a mi vecino, a mis familiares o a mis compañeros de colegio, a mis profesores? El barco de la memoria, el barco del perdón, y del mismo modo con cada uno de los diferentes conceptos que eran transversales a la exposición Huellas de Desaparición.

Todo esto se dio con niños, con abuelos, personas que terminaban incluso llorando y diciendo que la exposición los había transformado, y que ojalá perduraran estos espacios de memoria que permiten generar transformaciones tangibles. Poder dialogar con las víctimas también me marco muchísimo, y con base en eso, en los diálogos que tenían y las preguntas que ellos generalmente mencionaban, intentaba trasladárselo a los diferentes visitantes teniendo muy en cuenta el procurar nunca re victimizar, sino siempre dignificando al otro.



Así, pudimos crear experiencias con diferentes públicos como personas con discapacidad visual que también fueron a la exposición, adultos mayores y niños pequeños; estos son espacios que generalmente no están adaptados para ciertos públicos, pero ellos se sentían aquí como “venga, yo también hago parte de... y en mí también cae la responsabilidad de ahora que tengo una información, que tengo un contexto, generar un actuar transformador”.

FINAL DE UN RECORRIDO

Por Tatiana Vargas Brath

“Estar vivo + caminar por el bosque = ser” es, en una interpretación personal, aquello que representa un significado del nombre nukak (*chañuhat*)⁸. La vida, la libertad de movimiento y la (co)existencia pacífica (en concordancia con los términos mencionados inicialmente) resultan pilares que garantizan la dignidad tanto humana como del territorio y los seres que lo habitan.

Es por esto por lo que, durante mis interacciones como mediadora con los y las visitantes de la exposición y presenciando las de mis queridos colegas, el respeto por la vida se hizo discurso, se convirtió en un acto de homenaje a quienes fueron representados en la exposición denominada “Huellas de desaparición. Los casos de Urabá, Palacio de Justicia y territorio nukak”. Doy fe de que esta muestra impactó la vida de numerosas personas y la mía también, pues al final de un recorrido salimos con más preguntas de las que antes pudimos haber tenido, inquietudes, incomodidades y una mezcla única de emociones, producto de vistazos, lecturas, contemplaciones y diálogos que hacen eco en el presente. A título personal, y en representación de numerosos visitantes con quienes tuve la oportunidad de interactuar durante el tiempo de la exposición, agradezco profundamente la existencia de un escenario que hizo posible la creación y reunión de distintas comunidades emocionales.

⁸ El informe de avance de la consolidación del plan de salvaguarda étnico de los nukaks dice que, siendo estos un pueblo de tradición nómada, su concepción del mundo “está tan intrincada en su forma de vida, que la etimología de la palabra cha-ñu-hat, ‘estar vivo’, significa cha, ‘estar’ - ñu, ‘caminar por el bosque’ y hat, un nominalizador” (ej. Hermano + dad como nominalizador = Hermandad, la transformación del sujeto hermano alrededor de un concepto basado en la relación entre hermanos).

⁹ Ministerio del Interior. Fernando Carrillo Flórez, ministro. Informe de avance de la consolidación del Plan de Salvaguarda Étnico del Pueblo Nukak. Bogotá, noviembre de 2012, 17.



El principal motivo de agradecimiento es que las experiencias de recorrido por esta exposición congregaron a personas de todas las generaciones, asombradas por cuán necesarias, relevantes e impresionantes son las investigaciones de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV) y Forensic Architecture, así como por cuán urgente resulta velar por la no repetición de los delitos de desaparición forzada. A mi juicio, esta congregación en el museo durante aproximadamente siete meses permitirá comprender en el futuro, y en perspectiva, la profundidad histórica de las múltiples conversaciones entre instituciones, víctimas, mediadores del Banco de la República, expertos, personal de vigilancia de las salas y visitantes, todos juntos en un espacio museal.

Entre las personas que interactuaron con la exposición a través de las experiencias pedagógicas de recorridos, visitas y talleres elaborados por la Sección de Servicios al Público y Educativos de los Museos del Banco de la República, anhela que esos ecos de la exposición sigan creando recorridos por la memoria, que configuren discursos sólidos de construcción de paz en todos los escenarios posibles, recordando que la vida, la libertad y la convivencia son aquellos mínimos vitales para dignificar la existencia dentro de todas sus posibilidades.